

La Esfera

8 Diciembre 1917

Año IV.—Núm. 206

ILUSTRACION MUNDIAL



LA PRINCESITA DE LOS SUEÑOS AZULES, dibujo de Enrique Ochoa

DE LA VIDA QUE PASA



El baño de la Cava, en Toledo

FOT. HIELSCHER



CASTELLANISMO



HAY que castellanizar á España», me escribía hace poco un amigo escritor y con propensiones políticas, que reside en una arcaica y noble ciudad de Castilla la Nueva. Hay que catalanizar á España, nos han dicho muchas veces desde el litoral mediterráneo. Entre estas dos hegemonías dispares y paralelas, ¿con cuál debemos quedarnos? ¿Castellanizaremos á España convirtiéndola en un fértil granero—muchos conventos, muchos cuarteles y mucho sol—? ¿La catalanizaremos infundiéndole un soplo industrial—muchas manufacturas, muchos puertos francos y un gran ambiente de cultura laica?...

¿Acaso Castilla no ha cumplido su misión sobre la tierra? Tal vez sea un sueño hablar de una futura castellanización de España; porque quizá las razas tienen su hora marcada, y su destino se cumple fatalmente, sin que puedan volver á echar las aguas por los antiguos arcaduces... ¿Quizá Castilla tiene otro destino que el de sucumbir?...

Yo vengo de una raza del Norte, sufrida, laboriosa y pobre antes del siglo XIX; tan pobre y tan sobria como Castilla; pueblo de marineros y pescadores es el que arrulló mi infancia; pesca menuda, cabotaje exiguo y pastoreo nómada eran las fuentes de riqueza de mi comarca hasta el siglo pasado; pero la raza no estaba gastada y consumida, como hoy lo está Castilla, y la raza despertó. Se abrieron á su actividad nuevos manantiales; la gran industria metalúrgica y la minería se enseñorearon del país y lo enriquecieron; y la vida intensa y fuerte de Asturias comenzó con capitales extranjeros primero, con los que aportó la emigración de América después...

América nos abrió nuevos horizontes, una vez



SOLAR CASTELLANO

Podrida está la recia portalada,
lleno el patio de zarzas y de espinas,
cuarteado el blasón, la torre en ruinas
y la vieja capilla destejada.

No flamean al sol los lambrequines,
no ladran impacientes los lebre es,
ni hay un fiero relincho de corceles
de recia grupa y de revueltas crines.

Todo es paz y silencio y abandono
en el recio solar desmantelado
que fué cuna y altar, granero y trono...

Se oscurecen sus glorias ancestrales,
y por verlo ruinoso y mutilado
es más pálido el sol en sus umbrales.

JOSE MONTERO



perdida para el señorío político; y, en cambio, la raza que la descubrió no supo utilizar sus fuentes de riqueza.

¿Es que valíamos más? No; es que Castilla estaba depauperada, agotada por el supremo esfuerzo de tres siglos de aventuras marítimas y conquistas militares. Por eso yo hoy creo en la Castilla histórica, en la *Castella mater*, en la fundadora de la nacionalidad, en la descubridora de mundos, en la generadora de místicos y poetas, en la matriz vigorosa de capitanes y aventureros... Pero si creo en la Castilla gloriosa de antaño, no creo en el revivir de la Castilla de hoy.

No vuelven las aguas dos veces por el mismo río; no hay salingenias espontáneas y subitáneas en las razas; raza que ha cumplido sus destinos, no puede revivir gestas nuevas. Tal vez por creer esto se me resiste creer que sea una solución del problema español castellanizar á España...

Y luego, ¿si castellanizarla fuera prusianizarla!... Un escritor catalán muy inteligente, el señor Rovira y Serra, ha dicho recientemente, en su hermoso libro *El nacionalismo catalán*, que en Castilla anidaba el prurito de Prusia, militar y autoritario, y que tal vez por ello había esas afinidades electivas, esas corrientes de simpatía entre Alemania y el grupo central de la nacionalidad española. Yo no diré tanto; no diré que Castilla y Prusia se reconozcan hermanas gemelas; pero quizá la frase del Sr. Rovira y Serra sea una adivinación psicológica. Tal vez España necesite descastellanizarse y mediterraneizarse más de lo que hoy está.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

LA RESURRECCIÓN DE ÁFRICA

LOS DOMADORES DE DEMONIOS

EXISTE en París, en el Museo del Luxemburgo, un retrato ecuestre del bravo Negus que venció a Italia, pintado por Paul Buffet, teniendo por grandioso escenario los pedregales áridos de Addis Abeba. En estos días amargos de la guerra en que Europa se despedaza, esa figura parece mirar trágicamente a los visitantes europeos e hispano-americanos que recorren los solitarios salones. Porque está ahí, en el fiero etiope, en el espíritu de pasados siglos que simboliza, en la raza que representa, el peligro de un mañana, que mientras más dura la guerra, más cercano parece. Acaso, la época nuestra va a confirmar que la Historia es una monótona repetición de sucesos iguales. Los más aparatosos poderes de la civilización se hundieron ante las invasiones inesperadas de pueblos y de razas que parecían carecer de toda fuerza expansiva. El peligro amarillo y el peligro negro no serían nada si Europa conservara su pujanza. Pero ahora las razas que dormitaban, como un sopor de siglos, en el fondo de Asia y en el fondo de Africa, pueden alzarse y codiciar con esperanza los ricos frutos de refinamiento y decadencia que guardan las grandes capitales europeas.

Entre estos pueblos que conservan como una leyenda sagrada el recuerdo de grandezas pasadas, pocos hay con una personalidad tan definida y tan peligrosa como el abisinio, descendiente del antiguo etiope, que cree que es suyo todo el Sudán que ocupa Inglaterra y que puede hacer alzarse, como una sombra vengadora, al Egipto poderoso y sabio y artista de los Faraones y de Moisés.

La victoria que sobre un pueblo de Europa consiguió el Negus, la energía con que supo librar a su nación de un protectorado europeo, y la rectificación de fronteras que logró a su antojo son, sin duda, el punto de partida de un alzamiento de Africa contra el viejo continente blanco, que tan cruelmente ha tratado a las pobres razas humildes de piel negra, parda o rojiza, y que tan fieramente ha ido sojuzgando al mundo musulmán. Precisamente, por ser cristiano y católico el pueblo abisinio, con un catolicismo que recuerda la sencillez de los primeros tiempos, tendrá mayor autoridad el día que levante a Africa entera para la gran cruzada contra Europa.

No es una utopía este temor. En la guerra actual se ha cometido el tremendo error de soliviantar a los pueblos más alejados de la civilización. Dos razas que se sienten preteridas y humilladas a través de los siglos: la amarilla y la negra han sido espoloadas y hostigadas para que presencien el espectáculo de la guerra europea. No ya en la India y en Egipto, en Japón y en China, sino hasta el fondo de los bosques inexplorados del centro de Africa y hasta



El Ras Tafari, heredero del trono de Abisinia, entrando en Addis-Abeba la víspera de la coronación

la última cima de las cordilleras del centro de Asia se ha querido llevar la ira de la guerra. Y esta semilla dará su fruto.

El trono de Abisinia resplandece con una leyenda de gloria; los señores feudales que rodean al Negus ansían un botín de guerra. Esperan pacientes a que acabe de correr la sangre de los blancos, que hablan de asegurar una paz definitiva para el porvenir, como si ellos solos vivieran sobre la faz de la Tierra. Será entonces la hora en que surgirá el tremendo desbordamiento de los amarillos y los negros sobre Europa empobrecida y desgarnecida. De los más remotos confines de la Tierra vendrán las avalanchas, como antaño venían de Africa y de Asia los pueblos que pusieron término a los deliquios de Grecia y de Roma. En la vieja Etiopía, en el bajo Egipto, en la Eritrea que quisieron extender los italianos, en la Nubia que sabe bien la sangre que cuesta rebelarse, en la costa de los Somalíes repercuten, transformadas por la lejanía, todas las emociones de la guerra. Los anacoretas, los peregrinos, los ermitaños, los faná-

ticos doloridos que van a curar sus enfermedades al lago sagrado del Zukuala, los poseídos, los brujos, los exorcistas, cuantos se atribuyen la virtud nativa de domar a los demonios, en una rara mezcla de fe y de superstición, muy parecida a la que en España persiguieron los inquisidores de los Felipes de Austria, narran al pueblo asombrado los más extraños relatos de la guerra europea.

Para las más de estas razas extrañas se acerca la hora de un apocalipsis trágico, que está en todas las teogonías. Es que llega la hora de las vindicaciones definitivas y de una justicia suprema. El hombre blanco, que es el demonio, el tirano, el dominador, el poseedor de todos los maleficios, el que quiere arrancar a los dioses los secretos de la Naturaleza; que quiere volar como el ave y nadar como el pez y encierra en sus máquinas infernales la luz y el sonido, será vencido y exterminado. Vendrán a buscar las riquezas acumuladas en las ciudades europeas los fieros amarillos de Tartaria y los rojizos tuaregs de rostros cubiertos y los negros de la extensa Nubia y los egipcios y los sudaneses tanto tiempo sojuzgados, y el estandarte verde del Profeta, con su media luna simbólica, irrumpirá otra vez en las costas mediterráneas.

Bastaría recoger las leyendas que circulan por toda Asia y toda Africa sobre la guerra actual, para que Europa se estremeciese. Un novelista de mediocre fantasía, podría imaginar cómo será la irrupción futura. No tienen escuadras esos pueblos, ni recia artillería, ni ejércitos organizados; pero el asalto de los Urales no necesitaría más que la muchedumbre de millones de hombres hambrientos que puede proporcionar la fecundidad de Asia.

Un Negus joven y ambicioso acaba de subir al trono de Etiopía; alrededor de este heredero del Preste Juan de antaño, los domadores de demonios hablan al pueblo de posibles liberaciones y de engrandecimientos territoriales. Parece que resucitan las viejas historias y que el poderío de Roma, madre de Europa y símbolo de Europa, se siente acometido por todas las razas que fueron, por todos los ejércitos que contra ella se armaron, por todas las nacionalidades que ella destruyó.

La guerra es la escuela de la guerra. La iniquidad de hoy justificará las iniquidades de mañana. En el siglo xx comenzará la historia de nuevas civilizaciones, y el hombre, menguado y torpe, no acabará nunca de encontrar la hora de la paz. Así dicen en la vieja Etiopía los domadores de demonios, que hacen resonar sus palabras de venganza en toda Africa, ¡a través de la angustiosa soledad del Sahara!

AMADEO DE CASTRO



La comitiva que acompañó al Ras Tafari el día de su entrada en Addis-Abeba POTS. HUGELMANN

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA

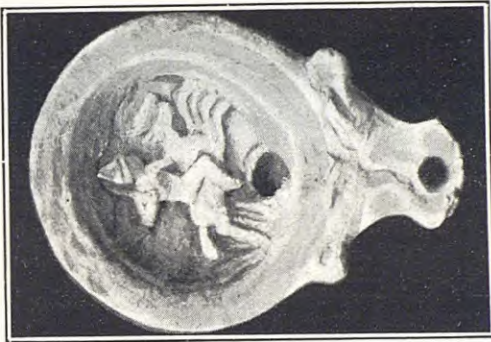


LA CONCEPCIÓN, cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

CÁDIZ PRIMITIVO



Construcciones subterráneas funerarias de Cádiz



Lucerna ibero-romana

EL territorio de la antigua Bética es abundante venero de antigüedades que hasta hoy no han sido suficientemente estudiadas, y con mucha frecuencia aparecen residuos de las civilizaciones ibero-griega, fenicia y cartaginesa, mezclados con las ruinas de poblaciones romanas.

La debatida cuestión de quiénes fueran los primitivos pobladores de la isla gaditana, se ha basado hasta hace muy poco en las descripciones más ó menos exactas de escritores griegos y latinos; los descubrimientos que actualmente se efectúan y los que seguramente han de seguir, hacen que hoy tan importante cuestión tome diferente rumbo, afirmándose en fundamentos más sólidos, como lo son el monumento de piedra y el estudio de los objetos que aparecen, producto de su arte é industria y reflejo siempre de la época en que se construyeron.

Corresponden á diversos periodos de la Historia los objetos encontrados recientemente en Cádiz; pero estudiados con detención y procediendo con el debido método, no creemos temerario afirmar que, cuando llegaron los tirios á la isla gaditana, estaba ésta habitada por un pueblo, bien fuera el *cilviceno*, bien el *kemsio*, bien



Tumba primitiva, descubierta en Cádiz recientemente

el *herythio*, ó cualquiera otra de las tribus que, situadas en el delta del Betis, sostenían relaciones comerciales con el Africa. Este pueblo transigió con que se establecieran con carácter comercial y llegó á fundirse con ellos, dando origen al pueblo gaditano, que quiso más tarde imponerse y dominar á los tartesios, dando lugar á la entrada en la Península del pueblo cartaginés.

Las tendencias artísticas de los hallazgos arqueológicos, así como el estudio de las teorías religiosas que de ellos se deducen y el análisis de los esqueletos, revelan una génesis siro-



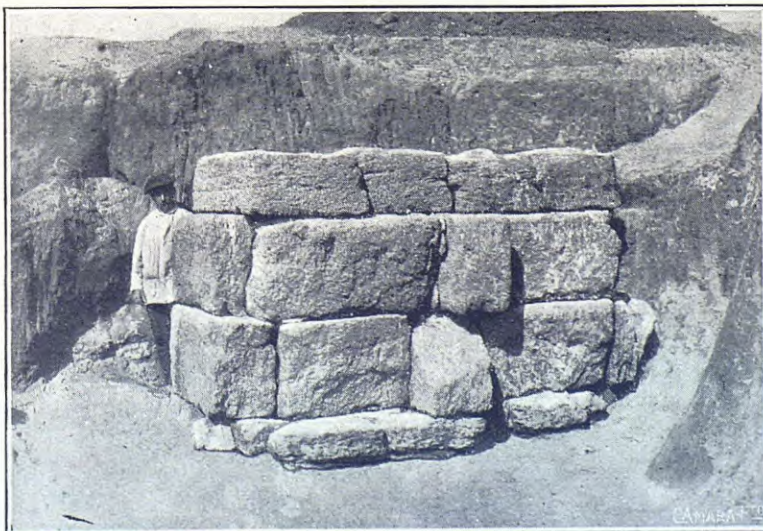
Biberón cartaginés, de barro

helénica, confirmada por lo que nos dicen algunos de los primitivos historiadores.

Nosotros creemos que gentes de raza *arya* en época remota, pero con civilización hecha, se establecieron en la isla de Cádiz cuando el continente vecino estaba ya habitado. Estas gentes, dedicadas á la navegación y viviendo del mar, estaban dispuestas á recibir bien á los navegantes, sobre todo llegando del mismo origen, y así se mezclan con tirios y focenses, dando origen á un pueblo mestizo compuesto de comerciantes, que sirve de intermediario con los tartesios é iberos, á los cuales pretendió dominar, siendo causa de que éstos amenazaran á Cádiz, por lo cual los gaditanos hubieron de pedir auxilio á los cartagineses, que no tardaron en acudir, y que de auxiliares se convirtieron en seguida en dominadores.

De todas estas gentes han aparecido restos en las excavaciones efectuadas, y en el presente número reproducimos tumbas de los primeros habitantes y algunos objetos, con carácter funerario, de los cartagineses y gaditanos de su tiempo, ó sea de la civilización punio-romana.

PELAYO QUINTERO



Notable construcción fúnebre descubierta recientemente, y que revela cierto adelanto en estereotomía, propio de pueblos orientales



Vista general del terreno en que se realizan actualmente las excavaciones. En primer término se ve un pozo de época romana

HISTORIA DE UN GALÁPAGO

“MEMORIAS ÍNTIMAS”

Viví siempre solo, en la sabia filosofía de mi augusta soledad.

No conocí a mi familia y, por lo tanto, desconocía la crueldad de los sacrificios y lo costoso de los agradecimientos; no he tenido amigos y he podido librarme de las amarguras de la ingratitud.

No me importaba nada de nada. Llegué a alcanzar la fórmula suprema de la felicidad, piedra filosofal tras la que corren ansiosos los hombres, sin encontrarla, porque no la buscan en el egoísmo, que es donde comienza, para acabar en el superegoísmo, es decir, en lo que constituye la más pura esencia del egoísmo: «no preocuparse ni molestarse ni aun por el YO»; fórmula suprema, como antes dejó anotado, para conseguir hacer viable la vida.

Yo no sé si al cantor y apologista de Su Majestad El Egoísmo, el filósofo alemán Nietzsche, se le ocurrió esto; pero si no fué así, debió habersele ocurrido.

En el fondo de mi alma—con todo rubor lo confieso—yo era un sentimental; pero gracias a mi soledad y a mi manso y amable sistema filosófico, pude ocultar esta idiosincrasia mía, hasta que luego, por iniquidades de la vida loca, acabé siendo un mártir... un desventurado que... Bueno; no adelantemos acontecimientos, y perdona, pío lector, esta digresión retrospectiva. ¡Es tan bello vivir la vida del pasado!...

Decía que en mí había un sentimental, estado psicológico-patológico—el de la emotividad ó sentimiento—, y cuando alguna vez, por impulso interno, completamente irreflexivo, perdonaba la vida a alguno de los seres inferiores a mí: escarabajos, hormigas, gusanillos—¡gentecilla de poco más ó menos!—y después en mis mudos soliloquios me recriminaba pensando:

—¡Soy un vulgar animalejo, un estúpido galápago!—mi mansa filosofía egoísta venía á absolverme, murmurando bajo mi concha: —Eres un sabio; ese es el refinamiento del egoísmo: dejar de hacer daño, no por ridícula sensiblería, sino por evi-

tarte tal vez el dolor de un probable arrepentimiento, con el que las ondas de espiritualidad, que á todas partes pretenden llegar, quieren, á veces, entristecernos la vida.

Y... basta de autopsicología. Esta disertación metafísica sólo ha tenido por objeto presentarme al mundo tal cual soy; mejor dicho, tal cual fui. Para la posteridad escribo. La Historia debe conocernos desnudos; es la única dama que, por su respetabilidad de anciana matrona, puede vernos y enseñarnos en esa catadura.

Fué un día... No sé la fecha. En aquella época no me ocupaba en medir el tiempo; le daba á él el trabajo de medirme á mí.

¡Sí; un día terrible. Reposaba tranquilamente bajo mi concha, cuando me sentí aprisionado y perdida mi libertad: el raptor era un hombre. ¡Hombres! ¡Seres crueles y frívolos, llenos de vanidad y petulancia!

—Sí, aquí es. Necesito un animal de éstos para que me limpie la casa de cucarachas. Muy repugnante es, pero, del mal el menos.

Yo debí sonrojarme hasta el caparazón al escuchar aquellas frases del que iba á ser mi amo. ¡Amo!... ¡Palabra brutal que trastornaba todo mi sér hasta enloquecerme! ¡Esclavitud! ¿Y con qué derecho?... Yo creía soñar... Pero no, era la realidad, la realidad infame de la vida inicua...

Pasados los primeros días de atontamiento y de aclimatación en aquel medio ambiente, estúpido y grosero, pude reflexionar y, tras mis reflexiones, vinieron mis filosofías.

La situación era triste, pero no desesperada; éramos muchos allí los esclavos; la fuerza de la común desgracia nos unió, y nuestro esfuerzo conjunto tal vez nos devolviera la libertad. ¡Libertad hermosa, libertad santa!...

EL PERRO.—Yo no te ayudo, chico; aquí me encuentro bien. ¿Qué quieres, que me convierta en un perro callejero, hambriento y flaco y lleno de pulgas, expuesto á que me cojan los laceros ó me den la morcilla?... Además, te lo confieso ingenuamente, tengo mucho cariño á mi amo. Cierzo que algunas veces me golpea; pero esos zurriagazos son mi orgullo de casta. Sí, no me mires con esa cara de asombro; esta superioridad espiritual de nuestra raza que se llama fidelidad y abnegación, no la comprendéis vosotros. ¡Somos seres superiores!

EL GATO.—¡Pseh! ¿Qué quieres que te diga? Estoy bien; yo soy egoísta, pero no un romántico del egoísmo, como tú, sino un animalito que sabe tomar del egoísmo todo lo que hay en él de más práctico. Yo no te haré alardes de fidelidad y de amor, como este tonto de perro; pero sí te confieso que simulo esa domesticidad y cariño porque me conviene. El día que encuentres algo mejor y más seguro, desde luego cuenta conmigo.

EL CANARIO.—¿Que por qué canto y estoy siempre alegre á pesar de estar encerrado entre barrotes? ¿Qué quieres que haga? ¿De qué voy á quejarme?... Tengo comida y bebida abundantes; nadie me maltrata... No, te aseguro que no; muchas veces me dejaron abierta la puerta por

descuido y no quise escaparme. No volé libre nunca; quizá no supiera hacerlo.

—¡Cobardes, indignos!—exclamé, sin poder contener por más tiempo mi santa ira—. ¡Seres estúpidos, cómo os he maltratado! Merecáis... Merecáis ser hombres.

A mi desesperación sucedió un aplanamiento moral espantoso, y entonces es cuando comencé á despuntar en mi aquel otro galápago sentimental de que os hablé al principio.

Una melancolía enervante se apoderó de todo mi sér; una compasión sincera hacia todos los seres inferiores á mí, me obsesionó completamente.

Desde aquel día las hormigas y cucarachas aumentaron en cantidad alarmante para el dueño de la casa. Yo era incapaz de molestar á ninguna; llegaron á pasearse por encima de mí! Yo estaba físicamente atrofiado. ¡Era ya un sentimental, un melancólico!...

Un día se despertaron todas mis dormidas energías y todos mis crueles odios. Decía el amo:

—El cocido es el manjar por excelencia; el sostén, no ya del individuo y de la familia, sino de la nación; es el acumulador de las energías sociales; es el acicate de esta raza brava, siempre valiente y noble, siempre pronta al sacrificio.

Interrumpió su perorata para propinarme un pisotón, escupirme y echarme encima la colilla de un puro inmundo; después continuó:

—Y os lo voy á probar: hasta los animales lo comen con placer y refocilamiento.

Y dicho y hecho. A cada uno nos fué servida nuestra ración de esas innobles bolitas amarillas.

El perro y el gato, ante el tono enérgico y autoritario del amo y señor, comieron con fingida fruición la indecente bazofia; hasta el canario juguetó é hizo mil coquetuerías con unas cuantas de las repugnantes bolitas que le echaron en el comedero; sólo yo sentí la dignidad augusta de mi stirpe, el resurgir de los fueros de mi libre albedrío, la rebelión santa de mi orgullo que me gritaba: «¡Antes morir!» Y me sentí héroe, fuerte, grande, inmenso, y mirando despreciativamente aquellas inmundicias, me alejé majestuosamente de aquel lugar de oprobio y de vergüenza.

No hay derecho. Mi impotencia y mi estoicismo llegaron á convertirme en un resignado sentimental y melancólico; mas mi conciencia de ex galápago libre no me permite pasar por esta atroz ignominia; ¡antes morir!, y... ¡moriré!

Hace tres días que se pretende alimentarme á base de cocido; yo me he jurado no probarlo, y no lo probaré, y muero por consunción, ¡por cochina y vergonzosa hambre!

He sufrido todos los vilipendios: esclavitud, insultos, vejaciones, salivas, colillas, ¡toda la gama del dolor!; pero ¡juro en mi ánima que esta última ignominia no se consumará!

Voy á morir; pero no cobardemente, aguardando en un rincón á que la muerte llegue á mí. La idea del suicidio redentor ha hecho presa en mi cerebro y me arrastra en un vértigo de locura...

El hambre y la desesperación han hecho de este oscuro galápago un héroe. Quiero que los descendientes de mis congéneres—porque ¡ay, yo no he podido tenerlos!—cuenten desde mañana, para honra suya y gloria mía, en su martirologio, con un santo que abandona la vida con la sonrisa del desprecio en los labios y la visión de un *más allá* redentor en los ojos.

Ya lo dijo Dante: «Un bel morire, tuta una vita honora».

Creedme estas dos sentencias que dicto con la mágica lucidez del que va á la muerte:

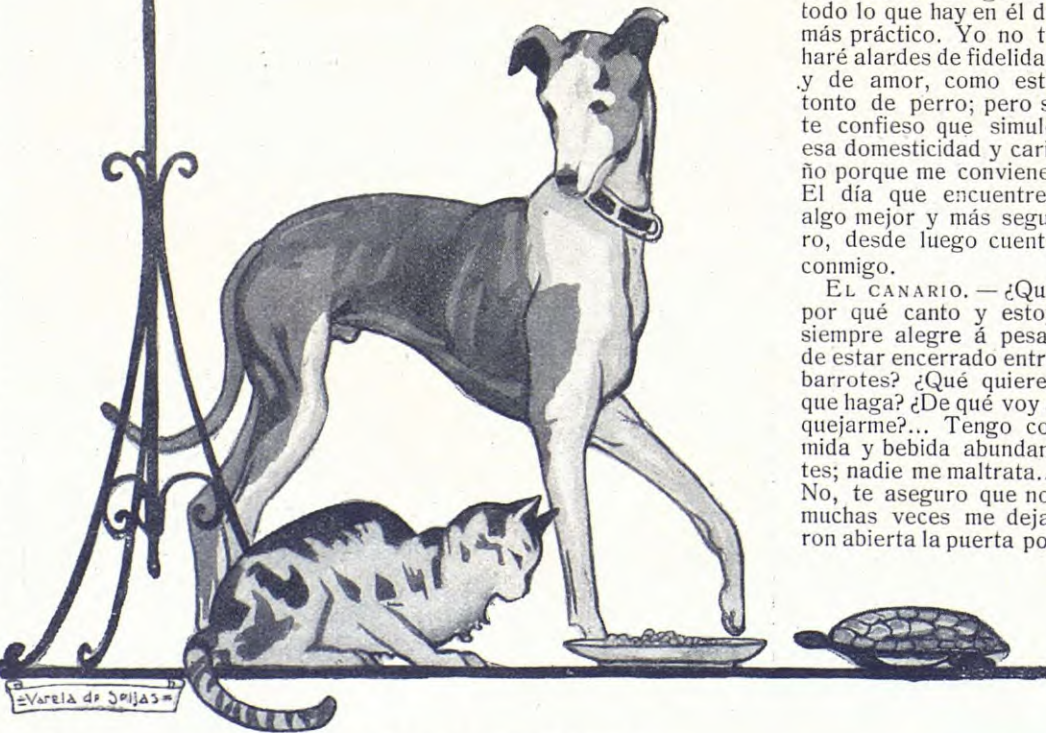
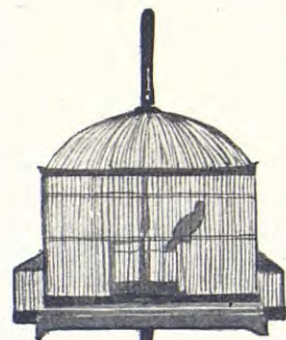
El animal más cruel, el hombre.

Y esta otra:

La vida no vale la pena de vivirse.»

Por la copia,
F. DE VIU

DEJUO DE VARELA DE SEIJAS



LAS CIUDADES DE LA GUERRA



VENECIA.—GRAN PLAZA Y CATEDRAL DE SAN MARCOS

Dibujo del natural por Brunet



NUESTRAS VISITAS

RAMÓN PÉREZ DE AYALA



De la hornada intelectual del 98, tal vez sea Pérez de Ayala el valor más positivo. Su pluma de crítico, demasiado aguda é intolerante, demoledora de ídolos falsos, de dioses de palo y de cera, ha logrado un justo prestigio entre los que aman la belleza de estilo, unida á la más absoluta y honrada sinceridad de juicios. De Pérez de Ayala puede decirse que ha criticado estando siempre sobre la realidad de las cosas, y no sobre las apariencias y simulacros de las cosas. El primer golpe certero que recibió la frágil edificación benaventuriana, fué dado por la pluma maravillosa de Pérez de Ayala. El tuvo la arrogancia de decir lo que muchos pensábamos, en oposición á la falsedad y al disimulo.

Además, Pérez de Ayala es creador. Es un poeta exquisito y un novelista admirable. Pero, en fin, yo no me propongo en estas columnas «hablar de él», sino hablar con él, cosa que resulta mucho más amena é interesante.

Ramón Pérez de Ayala vive bien, más que bien, rodeado de un severo lujo, necesario en la vida del escritor moderno. En su despacho castellano hay muchos detalles de refinado gusto, y reinan una suprema serenidad y un orden que denuncian el espíritu del dueño. Libros por todas partes; una verdadera invasión; en uno de los ángulos, una admirable joya artística de Julio Antonio; de las paredes penden varios lienzos: uno pintado por Romero de Torres; otros...

—¿De quién es esto?—le pregunté al ilustre literato, contemplando un óleo cuyos colores brillantes me sugestionaron.

—Mío—respondió sonriendo Ramón—. Lo pinté en Venecia á instancias de mi mujer.

Quedé sorprendido.

—¿Cómo? ¿Pero usted es pintor?

—Fué mi primera vocación. Yo, antes que prosa, publiqué en los periódicos dibujos. Me inquietaba mucho este divino arte. Después... la vida me ha llevado por otro derrotero.

Callamos. Me ofreció un cigarro. Me invitó á tomar asiento en su sillón castellano, ante su mesa de trabajo y, adivinando mi intención por el movimiento de los ojos, me entregó su estilográfica de oro para que tomase notas.

Comenzaba á irse la tarde. No obstante, todavía teníamos bastante luz para que yo viese su rostro, pulcramente afeitado, su gesto apacible y su actitud de hombre mundano.

—¿Es usted madrileño, Ramón?

—No, señor. Nací en Oviedo, el 9 de Agosto de 1880. Era rico. A los ocho años me enviaron

Ramón Pérez de Ayala leyendo en la azotea de su casa



mis padres á un colegio de jesuitas: el convento de San Zoil, en Carrión de los Condes, cuna del marqués de Santillana. El convento está hoy convertido en noviciado de la Compañía. Allí estuve dos años. Uno de los profesores de San Zoil, á la sazón, era D. Julio Cejador, á quien, desde entonces, profesó cariño y amistad. Fui luego internado cuatro años en el colegio de la Inmaculada, de Gijón, que es el que he pintado, presumo que con bastante fidelidad, en mi novela *A. M. D. G.*

—¿Y qué opinión formó usted de los jesuitas? Meditó un momento. Después...

—Mire usted, acerca de los jesuitas corren por el mundo opiniones rutinarias, opuestas é ignorantes. Para cierta gente, todos los jesuitas son buenos y listos, y para otra, malos y torpes. Y en la Compañía de Jesús, como en todas las juntas ó comunidades de hombres, hay de todo. En mi concepto, no son buenos educadores: enseñan bastantes cosas, pero no educan. Por fortuna yo fui siempre curioso y descontentadizo. Jamás acepté lo que se me daba ó imponía, sino que fui admitiendo lo que juzgué admisible por cuenta propia. El P. Sangrador, que me

quería mucho, me llamaba el «anarquista».

—¿Dónde se hizo usted abogado?

—Verá usted: Concluído el bachillerato con los jesuitas, estudié un año de Ciencias, y luego la carrera de Leyes, en la Universidad de Oviedo, que, por entonces, era un círculo supremo de actividad intelectual. Entre otros, excelentes también, fueron maestros míos *Clarín*, Melquiades Alvarez, Altamira, Builla y Posada. Maestros y discípulos convivíamos familiarmente. El espíritu de aquella Universidad era el puro amor á la verdad: la investigación libre. Podía compararse el claustro ovetense con el jardín de Academias.

—¿Cuál fué el primer trabajo que escribió usted?

Pérez de Ayala sonrió al recordar:

—Una arenga en verso del cónsul cartaginés á sus huestes. Fué en Carrión, y tenía yo ocho años. Recuerdo que las clases estaban divididas en dos bandos.

Recordando la última producción de Oliver, le interrumpí:

—¿Españoles de Covadonga y españoles de Gibraltar?

—No, señor—corrigió Ramón riendo—. Romanos y cartagineses, que al fin de mes, y en una concertación pública, se «desafiaban» académicamente, luego que cada cónsul enderezaba á los suyos una arenga retórica. A mí me pareció que la arenga debía ser en verso, y me apliqué á componer una para los cartagineses—sin que entonces supiera nada de Roma ni de Cartago—, que me eran más simpáticos que los romanos, porque veía que los padres los consideraban en una jerarquía inferior. Durante los seis años que permanecí en los jesuitas pergeñé infinitas composiciones poéticas de diverso linaje.

—¿Qué fué lo primero que publicó usted?

—Un artículo de crítica que envié, con seudónimo, á un periódico de Oviedo. Era yo aún estudiante en la Universidad. El periódico se llamaba *El Progreso de Asturias*.

—¿Y cómo nació en usted la inclinación por las letras?

—¡Qué sé yo! Como antes le he dicho, comencé á escribir cuando en mí comenzaba el uso de razón. El escribir me es tan connatural como la forma de mi nariz ó el color de mis ojos. Desde los ocho años hasta ahora nunca dejé de buscar-me á mí mismo y, luego, libertarme de mí mismo; esto es: expresarme, exteriorizar mis interioridades por medio de la literatura. Pero la mayor parte, en proporción enorme, de lo que he escrito, lo destruí después. Y sospecho que debí hacer otro tanto con lo que me aventuré á publicar.

—Es usted demasiado modesto.
 —No es modestia; es descontentamiento.
 —¿Cuál fué su primer libro?
 —*La paz del sendero*, poemas. A continuación, con intervalos espaciados, publiqué hasta nueve: novelas, poesías y crítica.
 —¿Y el que más se ha vendido?
 —El que consiguió mejor fortuna en el público fué *A. M. D. G.*, y todavía se vende más que ninguno.
 —Y para su gusto ¿cuál es el mejor?
 Titubeó.
 —¡Oh!, no sabría decir cuál es el mejor. Así que los fuí dando á la estampa no me he atrevido á volver sobre ellos. Les tengo miedo, como los feos y los enfermos al espejo. Lo natural es que los mejores sean los más recientes.
 —Y, dígame usted Ramón, ¿le ha producido mucho la literatura?
 —Caramba, es difícil averiguar eso. Estando en Munich se me ocurrió hacer un cálculo de lo que había ganado escribiendo. No llegaba á veinte mil pesetas. Esto era en 1912. Desde entonces, y por necesidad, me consagré á escribir asiduamente en periódicos y revistas. Ahora vivo exclusivamente de mi pluma, y le saco lo bastante para poder vivir con decoro y alguna añadidura con que comprar juguetes á mi hijo, que en esto de destruir muñecos es un iconoclasta tremendo, y también para comprar algún juguete para mi mujer y para mí. Esto lo digo por una pianola Eolian que acabo de adquirir á plazos. ¡Admirable juguete!
 Hizo una pausa. Después continuó:
 —Al fin y al cabo, la vida es un completo juego; pero un juego muy serio, y la pianola es un magnífico instrumento para ejercitar y afinar las dos cualidades que, según Bergson, constituyen el juego de la vida: *elasticidad* y *tensión*.
 —¿Por qué no ha hecho usted teatro?
 —Porque me gustaría escribir obras sin pretensiones de dramáticas, obras fantásticas y arbitrarias. Haría falta un público fantástico y arbitrario, lo opuesto al público español actual.
 —¿Qué hace usted con más gusto: crítica, novela ó poesía?
 —¡Oh, amigo mío! Si yo tuviese medios de fortuna y disfrutase de ocio sereno y contemplativo, escribiría, sobre todo, poesía y novela. Me está urgiendo escribir algunas novelas que tengo cuajadas en el espíritu; pero los artículos no me dejan tiempo. En aquel hipotético caso de una holgura económica, también escribiría crítica,

pero de tarde en tarde, sobre algún libro ó escritor que señaladamente me placiesen. Para mí la crítica es un acto de entusiasmo, como iluminar un altar obscuro el día de la fiesta.
 —¿Qué opina usted sobre este momento literario? ¿Es de decadencia ó de esplendor?
 —A mi juicio, es de transición. Hay, por lo tanto, prólogos y epílogos, caducidades y mocedades. Es innegable que la raza no ha perdido su actitud para engendrar poderosas individualidades artísticas. Hay hoy no pocos escritores que admiten parangón con los de cualquiera otros tiempos.
 —¿Cuál es el literato español más de su gusto?
 —Galdós, por mil razones, y ante todo, por la potencia creadora. En este sentido Galdós es divino. Se ha abusado mucho del adjetivo divino. Es adecuado decir que es divino el rostro de una mujer. Asimismo de una obra literaria ó artística exquisitamente pulcra. Se entiende entonces que la hermosura que contemplamos es reflejo ó indicio de la eterna hermosura. Pero aquí se ha llegado á llamar «divino calvo» al Gallo.
 —Y el teatro, ¿cree usted que está en decadencia?
 —Absoluta. Salvando á Galdós y, en orden muy diferente, Arniches y los Quintero, los demás no valen un cuarto.
 —¿Y cómo es que no cultiva usted la política?
 —No por falta de amor á mi patria y de afición. Dedicarse á la política en España es como querer plantar trigo en una roca. El mundo político español es esencialmente antipolítico. La mejor política que puede hacer hoy un español es cumplir con su deber, hacer de la mejor manera posible aquello en que se emplea, conservando, claro está, íntegra la voluntad política para cuando llegue el caso.
 —¿Cuál es el momento más feliz que ha tenido usted en su vida?
 —Ya sabe usted que la felicidad es como la luz en las pinturas; no existe por sí, sino por contraste. Las mejores felicidades son aquellas que llevan dentro de sí la pesadumbre de las más graves responsabilidades. Cuando no ocurre esto, no hay felicidad, sino un estado de beatitud, sin duda gozoso, que es el que produce el arte y la contemplación de la Naturaleza y de la vida. En la beatitud hay un sopor de la conciencia, como olvido de sí propio. Es la felicidad una exaltación de la conciencia, una forma intelectual. Se puede estar contento sin saber por

qué, pero no ser feliz. La felicidad cae á plomo, desde la inteligencia hasta el corazón. Es el fiel de la balanza en equilibrio, con los platillos cargados de substancia de vida. Y así, el momento más feliz de mi vida ha sido al nacer mi hijo.
 —¿Y el momento más triste?
 —Yo no calificaría de tristeza los grandes duelos del alma, por no ser palabra bastante noble. Mi espíritu religioso ha recibido aquellos duelos—por ejemplo, la muerte de mis padres—más como purificación que como tristezas.
 Hizo un silencio, y tras él agregó, con entonación humorística:
 —Ya ve usted, acaso una de mis mayores tristezas fué la retirada de *Bombita*. Estaba yo en Norteamérica, y me quedé muy preocupado y triste. La noticia de la retirada de *Bombita* fué como una revelación. «Ya no volveré á ver más á *Bombita*»—me decía entristecido—. Era mi mocedad y juventud, mi vida sin asidero quienes se despedían con *Bombita*. Además, yo iba á cambiar de estado. Terminaba la ruta. La nave entraba en puerto. La vela desmayaba, se arrugaba, caía. Se desea llegar; pero el momento de abandonar la nave que navegó sin amarras tanto tiempo, es dulcemente triste. Por dicha, las compensaciones colmaron el deseo. Jamás trabajé tanto ni con tanto amor como desde entonces.
 —Y á propósito de toros, amigo Ramón, ¿usted es aficionado?
 —Muchísimo. Hay quien cree que nuestro deplorable estado social depende de los toros. Esto es tan tonto como creer que un borracho se emborracha á pesar suyo, porque tiene rubicunda la nariz.
 Acogimos la justa comparación con risas.
 —Y de la renovación en la vida política, ¿qué piensa usted?
 —En esto, los regeneradores empiezan por lo último. Al parecer, la panacea consiste en Cortes constituyentes. ¡Aquí, donde no hay educación ni sensibilidad política!... Me hace el mismo efecto que si oyera decir que el mejor, el único remedio para un paralítico, consiste en que salga de paseo.
 Se había hecho de noche. Lució la luz artificial, y aún continuamos hablando largo rato.
 Por los pasillos se oía jugar á un niño que, de vez en cuando, llamaba á su padre.

EL CABALLERO AUDAZ



Ramón Pérez de Ayala con su esposa y su hijo

FOTS. SALAZAR

CUENTOS DE "LA ESFERA"



EL LIMPIO HONOR DE FLORESTÁN

Yo era entonces un niño pálido y enlutado. Sentía el dolor humillante de la pobreza, y mis ojos, muy abiertos á la desgracia, veían, en la sombra de las grandes cámaras silenciosas, lo que nadie veía más que yo.

—¡Este niño está hechizado!—exclamaba, con su voz fantasmal, mi anciana madrina, la condesa de Florestán.

Era una dama alta y solemne, envuelta en el terciopelo litúrgico de su ropón de viuda. Andaba sin ruido, como una aparición, y sus manos, de marfil antiguo, lucían extrañas sortijas con esmeraldas inquietantes, como los ojos vivos de un gato. Tenían poder de amuleto, y la condesa, que era muy supersticiosa, no se las quitaba nunca de sus dedos, largos y amarillos, de difunta.

Yo vivía aterrorizado en el enorme palacio solitario, donde los muebles tenían, de noche, largos crujiidos, y había espejos antiguos en cuyo cristal amarillento veía rostros de niebla horriblemente burlescos, como las gárgolas de la catedral.

Todo era severo recogimiento, austeridad y superstición en la noble casa de Florestán, cargada de nobleza y roída de melancolía, cual si una araña invisible tejiera su telar sobre aquellos salones seculares.

El salón de retratos me inspiraba un terror religioso. Allí había guerreros y monjes, damas muy blancas, con los párpados como pétalos de violeta, vestidas con trajes solemnes, y terribles caballeros de erguidos mostachos y ojos de fascinación. Yo estoy seguro de que alguien hablaba, de noche, en el solitario salón de la iconografía familiar.

Mi madrina era sobria y seca de palabras, y muy altiva de sus ocho siglos de nobleza. Nunca me dijo una frase de cariño, ni tampoco á Blanca María, la heredera del condado de Florestán, una noble virgen vetusta que se extinguía, como un cirio, en una atormentada doncellez.

Blanca María había entrado en los treinta años, y tenía los ojos llameantes, hundidos en las ojeras moradas como dos lirios. Se sentía abrasada por las diablesas del pecado mortal, que la maceraban de noche, como á mí las venerables sombras de los retratos que cruzaban en cohorte de alucinación por las tinieblas de mi alcoba.

Rara era la noche que yo no rompía el silencio del palacio con un alarido de terror. ¡Oh, aquel silencio de la alta noche que parecía tener un peso de siglos! Se despertaban las criadas, y Asunción, la vieja nodriza, se sentaba á mi cabecera hasta que me volvía á dormir.

—¡Este niño está embrujado!—exclamaba solemnemente mi madrina, con su voz que parecía sonar muy lejos.

También Blanca María gritaba algunas veces. Cuando acudían sus doncellas la hallaban retorciéndose como una poseída, con los ojos estrábicos, las piernas contorcidas y los brazos en cruz, como dicen que yacían las monjas endemoniadas en aquel tiempo en que un diablo galante recorría los conventos para torturar á las místicas corderas.

Yo creo que en el palacio pasaban cosas sobrenaturales durante la noche. Fabio, un criado zambo y maligno como un bufón, sonreía extrañamente mientras Blanca María crepitaba y retorciase en la posesión satánica, como un sarmiento entre las llamas.

Y por Fabio supo mi madrina, la implacable y noble condesa de Florestán, que un hombre saltaba algunas noches desde el viejo jardín, todo blanco de acacias, á la cámara virginal de Blanca María.

Aunque viviera cien años no podría olvidar aquella noche terrible. Era sábado, y las campanas de la catedral habían cantado el alegre carrillón de las Vísperas.

Al anochecer llegó una vieja vestida de negro. Entró en el cuarto de Blanca María. La condesa de Florestán mandó á los criados que, con ningún pretexto, salieran en toda la velada de las cámaras interiores. A las nueve vinieron otras dos viejas, también enlutadas. Juntáronse, y todas hablaban en voz baja con largos bisbiseos, con ese rumor húmedo y tembloroso que yo oía cuando rezaban el Rosario, alargándose, como un crujiir de sedas, por las naves de la catedral.

—¡Ay, Jesús!—sollozaba de vez en vez la voz fantasmal de mi madrina. Fabio, el maligno y patizambo doméstico, era el único exceptuado, como criado de confianza. Fumaba su pipa silenciosamente, y en sus ojillos verdes de felino había un brillo de perversidad satisfecha.

Nunca tuve más miedo que aquella noche. Sólo había luces en la alcoba de la condesita de Florestán; el resto del palacio parecía hundido en una obscuridad de sepulcro, en un silencio de ciudad deshabitada.

Yo me sentía olvidado por todos, en el seno de aquella noche henchida de presagios, en los salones solemnes y viejos donde se oía el aleteo glacial de la tragedia.

—¿Tienes susto, muchacho?—preguntó Fabio—. Más pasarías solo, por los caminos, como van muchos huérfanos como tú.

El viejo monstruo me aborrecía con un odio de can.

—Eres muy señorito para vivir de limosna—y se reía malignamente.

Yo huí de su lado y, deslizándome tras de los cortinones, me puse á escuchar lo que pasaba en la estancia de Blanca María.

—Cuando usted mande, señora condesa, podemos empezar.

La voz de mi madrina temblaba al responder:

—Y ¿usted me asegura que no hay peligro?

La vieja soltó una risa seca, como un chocar

de tabletas, como suenan las carracas en la tarde de las Tinieblas en la Semana de Pasión.

—¡Así Dios me salve! Llevo más de treinta años y aún no he tenido una desgracia. ¡Es que mi Santo Patrón protege mi mano y la pureza de mis intenciones! Muchas nobles señoras pueden llevar la cabeza muy alta gracias á esta humilde servidora.

—En la ciudad dicen que es bruja.

—¡Que digan, que digan! Yo me siento muy honrada con que la señora condesa de Florestán haya acudido á mí, pobre gusano de la tierra.

—¿Y usa usted una sonda, buena mujer?

—¿Para qué? Me bastan las manos.

La voz me sonó como un crujido en el cerebro, que comprendí confusamente. Alzando un poco el cortinón de terciopelo morado, con el escudo en oro, contemplé la zurda silueta retorcida de la saludadora, que extendía sus manos, largas y esqueléticas como dos reptiles repugnantes y blanquecinos, mientras sonreía con un orgullo macabro. En su lecho cándido de virgen estaba Blanca María, muy pálida, con los ojos abiertos, en un éxtasis de terror. Oía, en silencio, Dios sabe con qué desgarramientos en las entrañas, las palabras de abominación.

—¡Bien sabe el buen Jesús cómo me pesa! —musitó mi madrina—. Voy á encender la lamparilla del bendito San Lisardo de Florestán, nuestro glorioso ascendiente, que murió en tierras de turcos en el siglo xiv. Yo sé que aprueba mi terrible decisión él, que vertió su preciosa sangre por la gloria de Dios y la limpieza de nuestro nombre.

El monje guerrero Lisardo de Florestán era el retrato que más me atemorizaba, con su rostro flaco y amarillo y sus ojos hundidos, donde brillaba el iris azulado, con un medroso fulgor de fuego fatuo. Habían traído la tremenda elicie á la cámara de la prócer doncellona.

—Con razón teme la señora—arguyó otra voz

de vieja—, que Mariana, la cerera, se nos fué en un decir Jesús...

—Y la Juana, la lavandera de las monjas, que le entró una fiebre maligna. ¡Ay, Señor, que no somos nada!

—¡Porque no las asistí yo!—clamó fieramente la saludadora.

—¡Basta!—Mi madrina se hincó de hinojos sobre su reclinatorio de ébano tallado y ordenó con imperio:

—Rezad, mujeres.

Se alzó un coro gangueante que se rompía en sollozos y, á intervalos, alargaba el bisbiseo de los jesuses ó runruneaba al finar los dieces del rosario.

Blanca María parecía una difunta. Era una yacente estatua de alabastro, como las que yo había visto en el templo, sobre los sepulcros de las nobles damas de la casa de Florestán.

La saludadora estaba junto á ella, en el claro-oscuro de la alcoba, con su perfil de estrige y sus manos largas, amarillas y esqueléticas, que avanzaban sobre las holandas del lecho como dos enormes arañas de pesadilla.

Después... Tenía yo doce años y sentía una inefable turbación cuando me envolvía la fuerte fragancia nupcial de Blanca María. ¿Por qué hui aquella noche, al ver ante mis ojos, como un deslumbramiento, la rubia carnación luminosa de la condesita de Florestán?

Tenía tanto miedo como si se me hubiese aparecido el Gran Cornudo en el salón de retratos familiares. Apoyé la frente febril sobre el cristal y miré, sin ver, las gárgolas grotescas. Tal vez mi madrina tuvo razón para decir que yo estaba embrujado, porque las tarascas y los gnomos, los monstruos fabulosos y los perfiles milenarios que estaban esculpidos en el frontón del templo, tomaron, de súbito, una vida incomprensible y escalofriante, y comenzaron á danzar ante mis ojos. Me parecía que todas aque-

llas larvas de horrendos pecados giraban en torno al lecho de Blanca María, como si brotasen de los labios cárdenos de las tres viejas enlutadas, como algunos endemoniados que arrojaban sapos por la boca á la hora de los exorcismos. Todo esto lo veía muy diáfano, porque yo siempre he visto lo que nadie ve.

Cayeron las horas del reloj de la catedral como lágrimas de bronce en el infinito abismo de la sombra. Sonaba la voz de mi madrina tras de los espesos cortinajes.

—¡Pobre Blanca María! ¡Duerme! Y el aventurero, el trotatierras, hijo de un perro, tan ufano de su hazaña. ¡A veces, estamos locas las mujeres!

Una voz gangueante musitó:

—¿Está contenta la señora condesa de Florestán?

Mi madrina exhaló un hondo suspiro:

—¡He cumplido con mi deber! El preclaro nombre de la casa de Florestán está limpio de toda sombra de baldón. ¡Que el Señor sea loado!

ooo

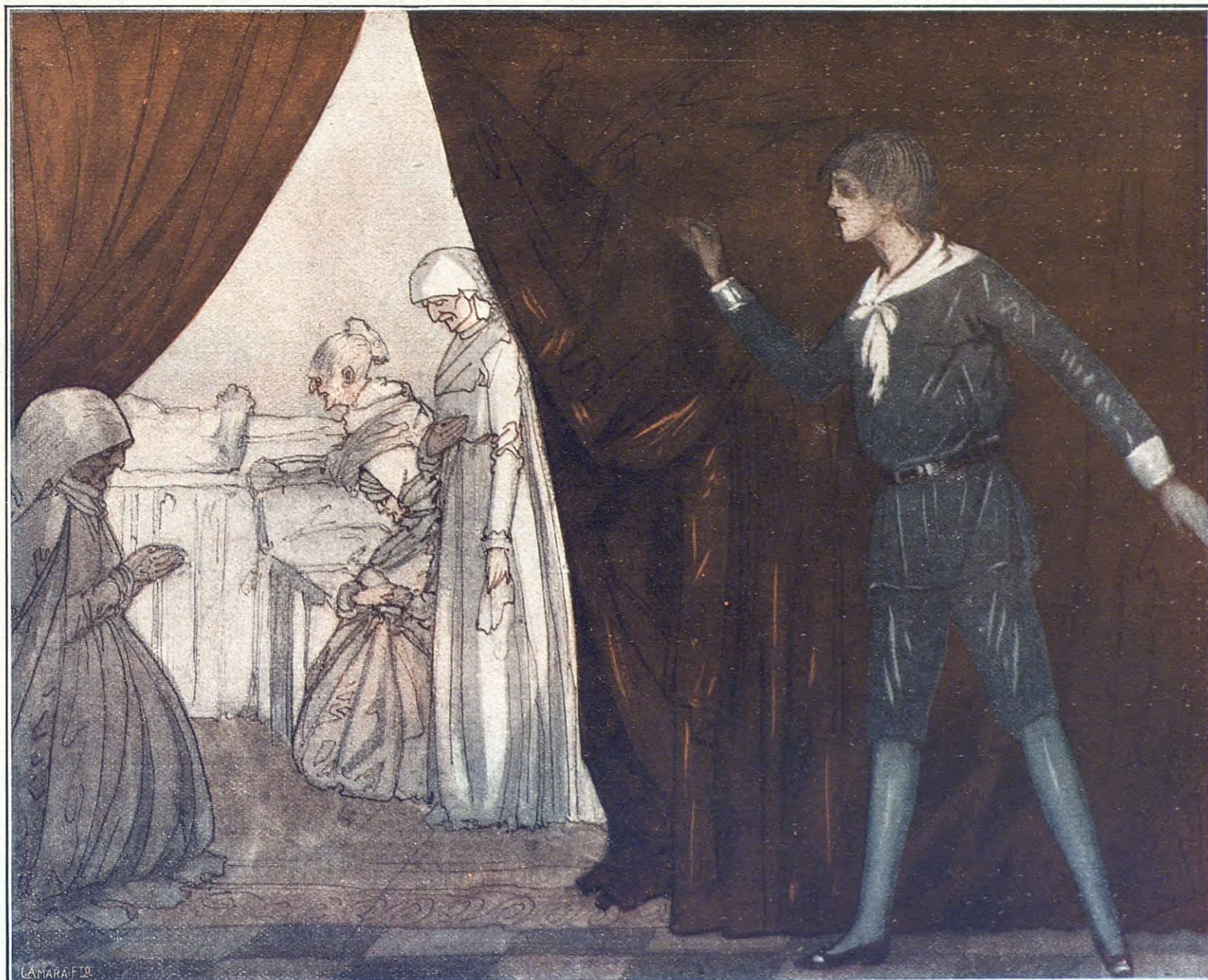
Ocho días después yo caminaba, sollozando, detrás de los restos mortales de Blanca María. Una fiebre terrible y misteriosa se la llevó. Estaba divinamente pálida, con una belleza de aparición. Yo estuve mucho tiempo enamorado de aquella muerta.

Llovía mucho, como si el cielo llorase, con una pena de siglos, los pecados de los hombres, y las gotas caían sobre el ataúd de Blanca María, que, como murió célibe, era todo blanco, y llevaba la palma simbólica.

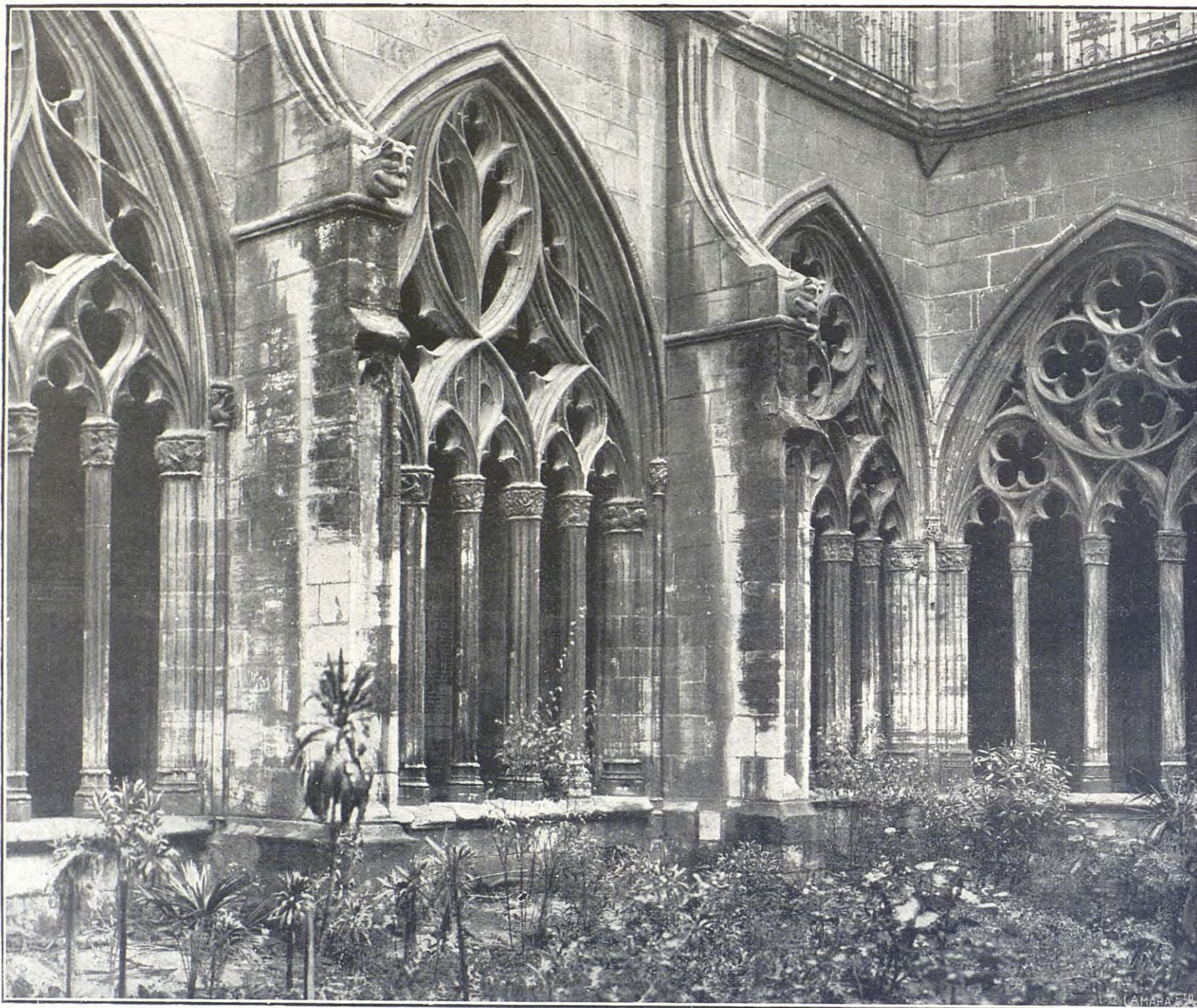
No volví al palacio de Florestán. Me inspiraba un miedo supersticioso, y hubiera visto en los grandes salones lo que acaso nadie vería más que yo.

EMILIO CARRÉRE

DIBUJOS DE MOYA DEL PINO



UNA OBRA DE ARTE



Claustro de la catedral de Oviedo

La catedral-basílica de Oviedo

COMPUTÁBANSE los últimos años de la octava centuria y primeros de aquella gloriosa y homérica epopeya cuya estrofa final entonara con su llanto Boabdil, en la siempre hermosa y poética ciudad del Darro...

Cabalgaba en la silla del trotón, izaba el estandarte de la Cruz contra la Media Luna, blandía la tizona en guerra Santa contra las huestes agarenas del monarca Hixem I, el rey de los astures, Alfonso II, en cuyo reinado, que á la Historia legó con sus trovas y leyendas la musa popular, instalóse en Oviedo, la ciudad de Fruela, el trono del Rey Casto.

Y el año 802, bajo los auspicios del guerrero monarca y la dirección artística de Teudis, «primer arquitecto español de quien nos habla la Historia de los tiempos medioevales», erguíase sobre la entonces vetusta y amurallada capital de la región astúrica, un monumento religioso digno de la fe que en Covadonga ostentaran los hijos de Pelayo.

Transcurrieron los años.

Aquella obra de arte sucumbió ante la pesadumbre de los tiempos.

Sobre los históricos escombros, en el siglo XIII,

y comenzando por el bello claustro de arcos ojivales, esbeltas pilastrillas, hermosos capiteles, caprichosos y fantásticos encajes de piedra de legendarios recuerdos, se inició la soberbia construcción de la actual «Basilica del Salvador».

Obra larga fué.

Y á ella coadyuvaban, entre otras personas que pasaron á la Historia, el vencedor de la batalla del Salado, Alfonso XI y Juan I, reyes de Castilla.

«Iba el templo poco á poco con esfuerzos tales, presentando en línea sus pilares, arcos, galerías altas, vidrieras y bóvedas, bajo la severa exigencia del arte ojival», hasta que muy entrado ya el siglo XVI, en el transcurso de los años 1546 á 1556, sobre aquella mole sólida, maciza, de blanca piedra, elevóse majestuosa la torre, una de las más hermosas y castizas creaciones que nos legaron los godos.

Lo mismo que en la de Burgos y en todas las producciones arquitectónicas españolas de la Edad Media, la ojiva, con todos sus delicados primores, domina en el correcto dibujo de la catedral de Oviedo.

Interior del templo

Tiene una longitud de 67 metros desde la puerta principal de entrada hasta la capilla central de la nave semicircular del Norte; el ancho de la nave mayor mide 10 metros, y las dos laterales 48 y 6 metros, respectivamente. La longitud del crucero es de algo más de 43 metros.

De tres puertas consta la fachada principal del templo. Penetrando en él por la nave de la Epístola (derecha de la basilica), la primera capilla que se nos ofrece á la vista es la de *Santa Bárbara*, levantada allá por los años de 1660 á 1662, y donde el Ilmo. Sr. D. Bernardo Caballero y Paredes pensó trasladar las Santas Reliquias; luego, la de *San Martín*, dedicada al bienaventurado obispo de Tour; *San Roque*, fundada á principios del siglo XV; *San Antonio*, y *Cristo de Velarde*, donde reposan los restos del teniente general D. Joaquín Velarde y personas de su familia.

Circunda á la capilla mayor una nave de forma semicircular, construída en el siglo XVI. Siete son los huecos que á esta nave corresponden, habiendo otros tantos altares: *San Ildefonso*,

Conversión de San Pablo, Virgen de las Angustias, San Pedro Apóstol, San Andrés y San Bartolomé. Escaso mérito guardan estas capillitas, por cuanto sus retablos pertenecen al siglo xvii y en ellos se advierte la ausencia del arte. El último hueco hállase ocupado por la sacristía, cuya puerta de entrada es de un mérito notabilísimo por sus estriadas columnas dóricas, con bello doble friso y cornisa, llenos de molduras y un busto en relieve del Salvador.

Siguiendo esta nave, que forma el muro exterior del templo, encontramos con la capilla del Rey Casto. Un arco gótico revestido en su interior con una doble fila de estatuas de apóstoles y profetas, de blanca piedra, y dos puertas de hierro primorosamente forjadas, pone en comunicación dicha capilla con el crucero norte de la basílica. Consta el santuario de una nave mayor que tiene 26 metros de larga, un presbiterio y otras dos naves laterales. Estas completan el conjunto de bóvedas y arcos del recinto. Un cimborrio con cuatro vidrieras se eleva sobre el crucero. En lo alto de la cúpula hay inscripciones latinas en loor de la Virgen, y en las pechinas de los arcos torales, los bustos de Alfonso el Casto, Alfonso el Magno, Ramiro I y Ordoño I, reyes de Asturias. En esta capilla quiere dominar el gusto greco-romano, pero resulta degenerado á causa de la abundancia de follajes y molduras que se dejan ver en sus pormenores: capiteles, líneas, pilastras, repisas, tarjetones, frisos, etcétera.

Es digno de notar, no por su valor artístico sino por su valor histórico, el *Panteón de los Reyes de Asturias*, fundado por Felipe V. Bajo sus losas, á más de otros príncipes é infantes, reposan los restos de Fruela I, Alfonso I, Bermudo el Diácono, Alfonso II, Ramiro I, Ordoño I, Alfonso III, García I, doña Gilloira, esposa de don Bermudo, y doña Urraca. Un sepulcro que se ve sobre el pavimento y que por su forma especial parece de construcción romana, tiene la siguiente inscripción: *Inclutit tenerum pretioso marmore corpus—Eternam in sedem nominis Itatit.*

Entrando en la nave del Evangelio (izquierda del templo) vemos cinco capillas: de *Belén*, llamada en otros tiempos de *Santa Catalina*; *Anunciación*, fundada por D. Juan Vigil de Quiñones, obispo que fué de Segovia por los años de 1610. Esta capilla presenta arquitectura corintia, y su retablo es del mejor gusto greco-romano. *Asunción*, que no ofrece cosa de particular; *San Juan Bautista*, de escaso mérito artístico, y *Santa Eulalia*, construida por el obispo Fr. Simón García Pedrejón, para que la virgen y mártir de

Mérida, Patrona de la diócesis de Oviedo, tuviese en la basílica astur un lugar sagrado donde custodiar las reliquias de la santa. En la construcción de esta capilla domina el dibujo plateresco. Se compone de un cuerpo cuadrado en proporción de latitud y altura, y ostenta fastuosidad de adornos en ventanas, arcos, paredes y bóvedas. Existe en su centro un templete hueco, de pésimo gusto en materia de arte, donde una urna que parece sostenida por ocho ángeles, contiene los huesos y cenizas de *Santa Eulalia*.

nor tamaño. Grande es el grupo de imágenes que contiene, pasando el número de doscientas. Obsérvanse ciertos descuidos en la ejecución; pero tratándose del tallado de tantas figuras, son disculpables. No obstante, en su aspecto general es agradable y grandioso.

El Excmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, obispo que fué de la catedral, quiso restaurarla, y al efecto allegó recursos para la obra, que fué muy discutida; pero los mismos que más encarnizadamente la combatieron, reconocen que la notable labor de elíptica del siglo xv, se hubiera perdido por completo sin la sana intervención del sabio y virtuoso prelado.

Después del hermoso retablo, llama poderosamente la atención el Tabernáculo, obra de mucho coste y á la vez de arte. Está formado por tres cuerpos: un templete cuya cúpula está sostenida por cuatro columnas de jaspe; una escalinata, donde se halla el Sagrario, y la mesa de altar. Todo es de piedra de un blanco lechoso y adornado con las estatuas, en bronce, del Salvador y de los doce Apóstoles. En su conjunto quiere dominar el gusto ojival, aunque por momentos quiere parecer arabesco.

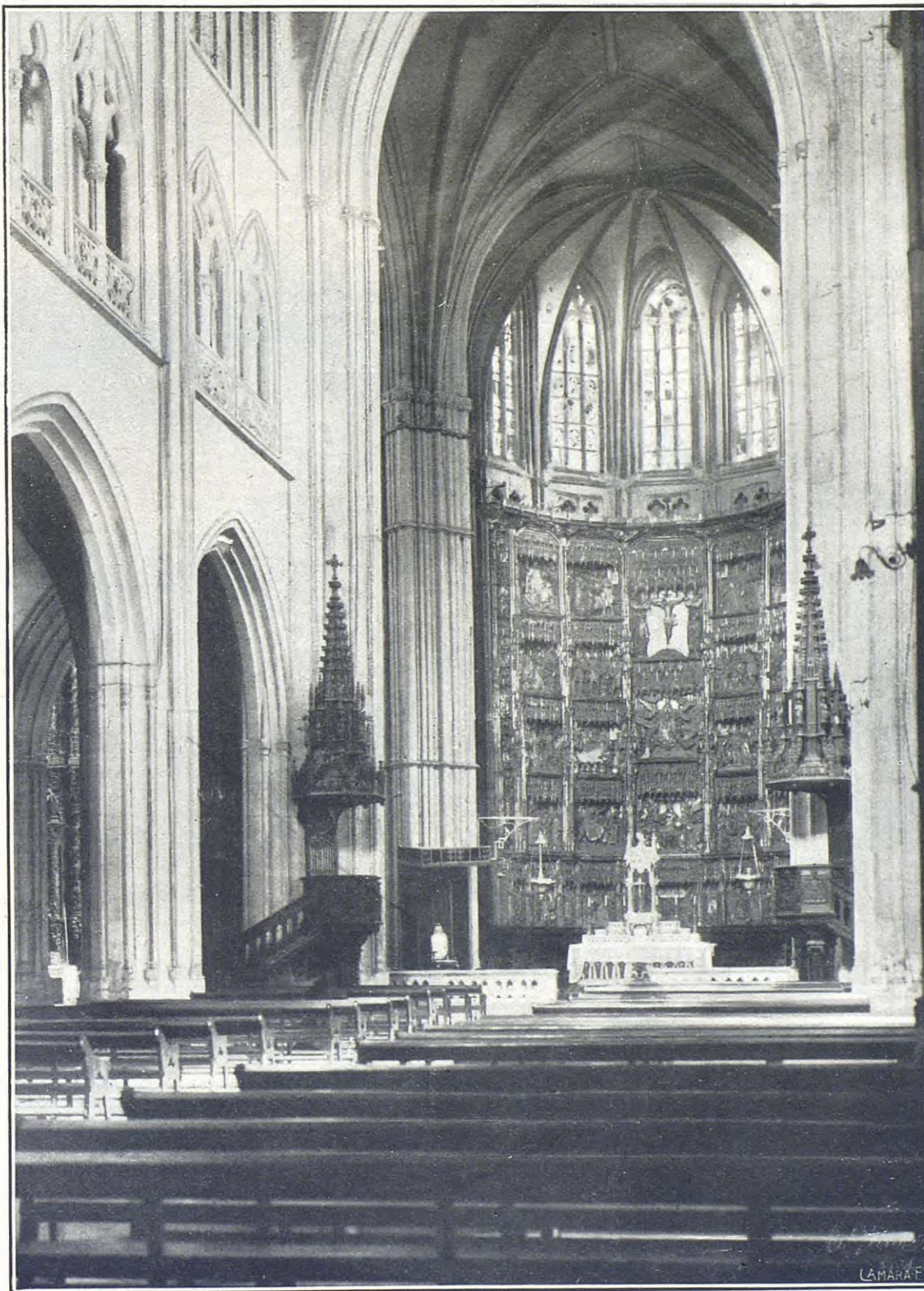
La catedral de Oviedo es de los magníficos templos que ha levantado el cristianismo en loor al Mártir de la Humanidad. Contiene, además, una *Cámara Santa* de indudable mérito artístico. Innumerables son las reliquias que atesora. Allí existen, entre otras, *La Cruz de los Angeles*, el *Santo Sudario* y *La Cruz de la Victoria*. Esta última era llevada á los combates por el rey D. Pelayo como signo de triunfo.

Cuenta, igualmente, con *Sala Capitular* y *Archivo*. En la librería hay ejemplares de importancia suma, tales como el famoso *Libro gótico*, manuscrito en que el obispo don Pelayo reunió las actas de los *Concilios ovetenses*, trabajo paleográfico, notable por sus pinturas é iluminaciones; el *Libro Bece-*

rrero, la *Regla Colorada*, la *Regla Blanca*, el *Breviario de la Iglesia ovetense* y unas *Tablas Consulares ó Diptico* de marfil, preciosidad arqueológica traída de Roma el año 1300, por el obispo D. Fernando Alonso Peláez.

Ya que no es posible hacer en tan reducido espacio un detallado estudio de esta hermosa obra de arte, con gusto hemos recopilado estos sencillos perfiles histórico-arqueológicos de la *Basílica del Salvador*, joya tan preciada y tan visitada por los muchos viajeros que trasponen los picos del Pajares y recorren las tierras asturianas.

A. y G. GUERRA RIVERA



Nave central y retablo del altar mayor de la catedral de Oviedo

FOTS. MANUEL GARCÍA

La caja es de plata, donación hecha á la catedral por el rey D. Alfonso VI de Castilla y León, en el siglo xii. Según la devoción popular, tiene esta santa la gracia divina de curar ciertas enfermedades, como las viruelas, tercianas...

La capilla mayor

Su edificación fué iniciada por el obispo don Gutierre de Toledo, y terminada por D. Guillermo de Moterverde, en el siglo xv. Su arquitectura es gótica, sencilla y elegante. El retablo es de madera, tiene 12 metros de altura é igual de anchura, y está dividido en cinco compartimientos que, á su vez, se subdividen en otros de me-



SOLDADOS INGLESES EN UNA CIUDAD RECIÉN OCUPADA AL ENEMIGO, OBSEQUIANDO A UNA NIÑA FRANCESA, HERIDA DURANTE EL BOMBARDEO DE LOS ALEMANES
Dibujo de Matania

MUJERES DE PARÍS CONFIDENCIAS



CONVERSAN, á la hora del té, una bella dama y un viejo diplomático... Acerca de los hombres, la dama formula opiniones concretas, juicios definitivos... El diplomático escucha, sonríe y no niega ni asiente... Al cabo, la dama se impacienta:

—En verdad, señor ministro, esto es extraordinario. Con usted no hay manera de saber á qué atenerse nunca... Pero yo voy adivinando poco á poco sus secretos, y sé que cuando un diplomático dice *sí*, hay que entender tan



—Nada de eso... Escuche usted... Cuando una dama dice *no*, hay que entender siempre *quizá*; cuando dice *quizá*, hay que entender *sí*, y si dice *sí*...

—Si una mujer dice *sí*—interrumpe la bella—, esté usted seguro de que no es una dama...

□□□

Al margen de una declaración:

—¡Ay, amiga mía;



sólo *quizá*; que cuando dice *quizá*, hay que entender *no*, y que cuando dice *no*...

—Señora—interrumpe el ministro—, si un hombre dice *no*, tenga usted la seguridad de que no es un diplomático... Mas ya que de sutilezas tratamos, imagine usted, amiga mía, que pueda ser más difícil que averiguar mi pensamiento el acertar con el de una dama?...

Sin la menor vacilación, la bella afirma:

—¡Oh...! Mucho más difícil, señor ministro...

Sonriendo siempre, el diplomático explica:



desde que la conozco á usted, sólo tengo una idea en la cabeza...!

—Eso se encuentra usted, por lo menos, amigo mío: una idea más que antes de conocerme...

ooo

Entre antiguas compañeras de colegio:

—¡Oh, tú debes ser muy feliz en tu matrimonio...! Ahí están tus seis hijos, que son buena prueba del amor y de la constancia de tu marido...

—Una cosa no implica la otra... En su relación conmigo, mi marido me recuerda á los *clowns* del circo en sus pantomimas con los *augustos*...—Vamos á luchar—le dice el *clown* al *augusto*—, y cuando yo diga: «ahora», comenzamos, y en cuanto yo diga: «basta», terminamos...— Naturalmente, ocurre siempre que el *augusto* recibe media docena de golpes, á modo de sorpresa, y que, cuando se apresta á devolverlos, el *clown* le dice: «basta»... ¡De esa manera me he encontrado yo con los seis hijos de mi matrimonio...!



música, interpretada por un maestro ejecutante... Es delicioso, y pasa... Pasa, cuando el cortador se aleja, como pasa el ensueño cuando la música se apaga: sin dejar nostalgia, ni amargura, ni remordimiento...

ooo

En el teatro:

—Fíjate en las joyas de esa actriz... Son espléndidas...

—¡Ya lo creo...! Sé lo que valen, porque fué mi marido quien las compró, con mi dinero...

—¿Y tú has consentido...?

—¡Qué he de hacer...! Ya que tengamos la desgracia de vivir juntos, al menos que nos quede el consuelo de vivir en paz...

—Yo, en tu caso, exigiría alhajas de doble valor que esas...

—¡Oh!... Me costaría muy cara esa pequeña satisfacción de amor propio, y, por otro lado, ya sabes que mi marido no es generoso...

—Sin embargo, ha ofrecido á esa mujer una fortuna...

—En efecto; pero cada vez que me niega á mí una sortija, ó una pulsera, imagina que se indemniza de lo gastado en comprarle á esa mujer la sortija ó la pulsera que ella exigió, como prueba de amor... Y así, como te he dicho, si tenemos la desgracia de vivir juntos, nos queda el consuelo de vivir en paz...

ooo

Entré una divorciada y su pretendiente:
El.—Entonces, amiga mía, ese divorcio es ya un hecho...

Ella.—Un hecho consumado... Y no lo creerá usted, pero me falta algo: siento un gran vacío en mi vida desde que no hay en ella aquel perpetuo enojo...

El.—Sustitúyale usted por otro...

Ella.—Puede que sea lo más acertado...

¿Quiere usted acompañarme á cenar esta noche...?

El.—¡Oh!... Es usted demasiado amable...

ooo

Apreciaciones:

—Nosotras, las mujeres, somos menos rencorosas que ustedes, los hombres... Olvidamos fácilmente las ofensas...

—Sí; pero durante toda su vida recuerdan que las olvidaron...

ooo

Consulta:

—Vamos á ver, doctor: ¿qué remedio podría usted indicarme para esta maldita neurastenia...?

—Hija mía, todos los casos de agotamiento requieren medicación fuerte, á base de veneno...

—¿Arsénico, entonces...? ¿Tal vez estricina...?

—No... Algo más peligroso que eso: amor...

Antonio G. DE LINARES

Entre madre é hija, á una generación, que es todo un mundo de distancia:

La madre.—¡Por Dios, Susana! ¿Cómo puedes conservar amistad hacia una mujer con la cual sabes positivamente que tu marido te engaña...?

La hija.—Tú no puedes comprender, mamá; pero escucha: si mi marido, en lugar de ser mi marido, fuera mi amante, no podría yo tolerar lo que tolero... Mas no es así... El amante de esa mujer es mi marido, y yo no tengo celos, porque sé bien que la mujer y la amante de un mismo hombre no conocen al mismo hombre, sino á dos hombres completamente distintos...



Entre mundanas:

—El amor es un mito, *ma chère*... El amor no existe más que en la ima-

ginación de las colegialas... En la realidad sólo existe el *flirt*, el divino *flirt* del que se espera todo, por lo mismo que no se obtiene nada... Nunca, en mis horas de eso que llaman amor, logré vivir un solo instante de emoción tan intensa y tan profunda como la que me ha causado, en frecuentes ocasiones, el *flirt*... Hay ciertas palabras, dichas de cierta manera por ciertos hombres, que me producen un estremecimiento, un calofrío en el que hay placer y pavor, ansias de risa y amagos de llanto; algo parecido á lo que se experimenta escuchando una obra maestra de



PÁGINAS POÉTICAS



TUS MANOS

Tu mano de marfil, tierna y solícita,
sobre mi vaso, generosa, escancia
un ajenjo divino, que parece
hecho de verde sangre de esmeraldas;
y sobre el fino vaso de bohemia,
la flor de nieve de tus manos pálidas
es cual visión de místicos jazmines
que entre el incienso su perfume exhalan.

—Es tu mano una mano que yo he visto
en época de Ensueño muy lejana—.

Es la noche propicia á los deseos
de nuestras almas brujas que se aman,
y se buscan queriendo confundirse
como las rojas rutilantes llamas
que brotan á la par de un mismo tronco
deshecho en vivas chispas de oriflama;
de nuestras pobres almas de poetas
que, como rosas de la misma rama,
se entrelazan, sus pétalos uniendo,
y en un mismo perfume se desmayan.
Y es también esta luna seductora
que entra en un haz de luz por la ventana,
propicia al delirar de los sentidos

atormentados por mortales ansias.
¡Es un éxtasis blando, una caricia
que nos envuelve en ondas de fragancia
y nos sume en un sueño todo amores,
vagas dulzuras, perspectivas diáfanas!

Yo me quiero embriagar con el ajenjo
y olvidar las inquietas remembranzas
de unos puros amores no gozados,
tristes como el crepúsculo de un alma.
Acaríciame... Así... Sobre mi frente
posa, mi amado bien, tu mano pálida.
—Tu mano, que persigue mi locura
como á una inquieta mariposa blanca—.

No me hables de abandonos ni traiciones,
que son puñales en las horas trágicas
en que el amor se esfuma en el olvido
y toda nuestra vida pone amarga.
No me cuentes de cosas de este mundo
tan banales, impuras... tan prosaicas;
deja que la Quimera me arrebate
y, haciéndome el presente de sus alas,
me lleve á las regiones infinitas
de las rubias princesas encantadas.

Murmúrame al oído las leyendas
de las enfermas almas visionarias;
de los locos poetas que á la luna
entonan en la noche sus plegarias
como pobres Pierrots de lo imposible
que viven de sus versos y sus lágrimas.
Refiéreme los cuentos infantiles
de las bellas pastoras encantadas
y los inquietos cisnes misteriosos
que riman sus amores en las aguas
del lago adormecido de un palacio
donde habitan los gnomos y las hadas...
... Que se extinga tu voz en un suspiro,
como la nota transparente y clara
que tus manos, quiméricas y frágiles,
con leve golpe del cristal arrancan.

Echa ajenjo en mi copa, que yo sacie
esta fiebre infinita que me abraza...

Háblame de tus manos, que yo he visto
en época de Ensueño muy lejana.

MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE ECHEA

LA ESPERA

JOYAS DE LA PINTURA ITALIANA

CUADROS CÉLEBRES



LA VIRGEN

Fragmento del cuadro de Botticelli, que se conserva
en la Galería Uffizi, de Florencia

ARTE ALEMAN

FEDERICO BOEHLE



"Campesinos"

(Obras originales de Federico Boehle)



"Las cuatro edades"

El año 1908 se celebró en el Instituto Stäbel, de Francfort, una Exposición de las obras de Federico Boehle. Fué la revelación, incluso para la misma Alemania, de uno de sus artistas más genuinamente, más tradicionalmente germánicos. Representó tal éxito aquella Exposición, que el Ayuntamiento adquirió cuadros por valor de ochenta mil marcos.

Después Federico Boehle tornó a su retiro, huraño y silencioso. Se eclipsó voluntariamente, como voluntariamente permaneciera hasta entonces alejado de las luchas artísticas. Es un temperamento reconcentrado, nostálgico de otras épocas, aquejado de ese misticismo erudito que caracteriza a ciertos pintores alemanes de la segunda mitad del siglo XIX en su propósito renacentista de unir la idea cristiana con la belleza antigua.

Cuando, no ya los nombres de Boecklin, Klinger, Lieberman, Lenbach, Hans Thoma, Marees, Uhde, Jank, Stuck, Ludwig von Hoffman, Hans Sandreuter, sino los más modernos de Federico Erler, Leo Putz, Oswald, Klein, Hanner, son conocidos y sus obras ejercen notoria influencia en las modernas tendencias decorativas europeas, el nombre de Federico Boehle permanece obscurecido, como si realmente se tratara de un artista de otro siglo en una coetaneidad de su vida y del carácter arcaizante de sus obras.

Y, sin embargo, Federico Boehle es un hombre joven todavía, en plena madurez física y espiritual. Nació el año 1873 en Emmendingen (Baden) y muy pronto conoció el triunfo. En la Galería Nacional de Berlín hay un cuadro suyo pintado en 1892, á los diez y nueve años, que sorprende por la serena fuerza y el experto reposo de su técnica. De la misma época son sus primeros grabados, donde ya empezaban á manifestarse el aliento romántico y el vigor

lineal, que habían de evocar después el recuerdo de Alberto Durero. Porque en Federico Boehle encontramos reminiscencias y resúmenes de los grandes artistas que han expresado mejor el espíritu de la raza. No importa que sus maestros hayan sido los profesores del Städel francfortés

Hasselbroun y Maunfeldt. Eligió sus preferencias estéticas é ideológicas en Durero, en Boecklin, en Deibk; se afilió gustosamente en el realismo clásico de la pintura alemana.

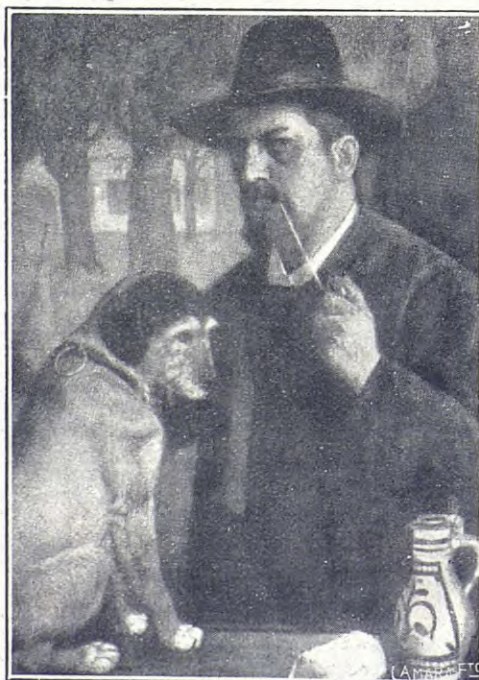
Uno de sus biógrafos, Rudolf Klein, dice á este propósito: «La palabra «clásico» nos acude á los labios y al mismo tiempo recordamos la etimología de esta palabra. ¿Acaso no procede de *classis*, que quiere decir *orden de batalla*? Es realmente, el orden, el orden en la acepción más elevada del vocablo, lo que constituye la grandeza de la obra de Boehle. Cada una de las partes de su composición está «ordenada» en toda la fuerza de la expresión, de tal modo que adquiere todo su valor representativo.»

Pero esta ordenación, este clasicismo, siempre á través de antecesores suyos en la pintura y el grabado germánicos.

De Boecklin tiene la profunda solemnidad alegórica y el íntimo recogimiento filosófico. De Durero la energía mordente del trazo; de Deibk la complacencia en buscar rústicos modelos y campesinos ambientes; de Hans von Marees el aliento realista, la tensión apasionada, el desdén por los modernos asuntos y el amor á las heroicas y caballerescas figuras de guerreros que aguardan la lucha ó evocan un amor romántico al pie de sus cabalgaduras en una selva misteriosa, donde cada tallo, cada planta, cada flor, están reproducidos con escrupulosidad de primitivo...

ooo

La personalidad artística de Federico Boehle se divide en tres aspectos bien definidos y de



FRITZ BOEHLE (autorretrato)



"Kermess" grabado original de Federico Boehle

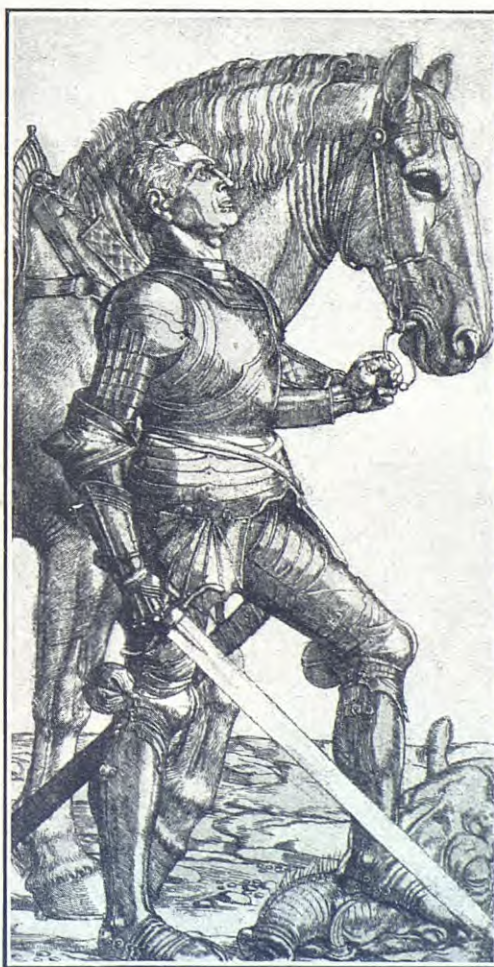
gradual importancia: el grabado, la pintura, la escultura.

Su labor más extensa y tal vez más valiosa es como grabador. Es también donde mejor manifiesta su temperamento las preferencias de inspiración. Incluso ha permitido decir a la crítica alemana, sin que nadie se escandalice por ello, que en sus grabados resucita el genio melancólico y reflexivo de Dürero.

Son escenas graves, pesadas, «macizas» en el sentido de su indiscutible germanización, las que va dibujando Boehle, frente al mundo real de labriegos, campesinos y granjeros; frente al mundo desvanecido de los guerreros dentro de férreas armaduras, ondeando banderas y mostrando desnudas las rapadas y cuadradas testas teutónicas. Son paisajes fluviales por donde se deslizan barcazas llenas de barriles de cerveza; son lejanías de ciudades góticas agrupadas a ras de los horizontes; son caballos enormes, de patas anchas, de músculos salientes, de tripas redondas y cabezas nórdicas; caballos para la guerra y para la labranza; son interiores sordidos y humildes, donde gruñen puercos, mugen vacas, pasan siluetas de hombres calzados con zuecos y encorvados bajo gavillas, y se respira un hedor agrio y cálido.

A este género de grabados, en que la vida rural alemana aparece reflejada con tan extraordinaria fuerza descriptiva—que recuerda, con las mejores narraciones de Ahlberbach, a los episodios del *Simplex Simplicissimus* de Grimmelshausen o del *Till Eulenspiegel*—, pertenecen los admirables *Kermess*, *Vuelta de los campos*, *Aldeano y aldeana*, *Campesino a caballo*, *El establo*, *El sermón a los animales*, *El plomero*, *La fragua*, *El mercado*; sus ilustraciones de *El barco de la locura*, de Brandt, y sus alegorías y frontispicio del almanaque de Francfort el año de 1908.

Al género que pudiéramos llamar caballeresco, donde los pesados y peludos caballos de labranza se ennoblecen con la línea armoniosa y gallarda de corceles de combate, y las facies enér-



"San Jorge", aguafuerte de Boehle

gicas de hombres con ojos azules y rasgos tranquilos, abandonan los haldudos sombreros y los cuellos de paño burdo por cascos y golas de acero, como sus manos hercúlicas cambian rústicos aperos por lanzas, espadas y escudos, corresponden *San Jorge*, *Caballero cantando*, *Caballero en la fuente*, *Caballero orando* y *San Martín*.

Al pasar del grabado a la pintura, Federico Boehle no pierde ninguna de sus cualidades y las dota, en cambio, de la amplitud decorativa del colorido. Son retratos afianzados en su naturalista credo, grandes composiciones al temple que prolongan las figuras de guerreros y las alegorías filosóficas, como sus pinturas murales del *Romer* de Francfort.

En los retratos, además del ya citado que se conserva en la Galería Nacional, deben citarse tres: de un viejo campesino y de dos jóvenes, aldeano y aldeana, de la colección Städel, adquiridos cuando la Exposición de 1908, y el famoso autorretrato que se conserva en el Museo de Carlsruhe, donde el artista, más que un alemán de hoy, parece un holandés del siglo XVII, y cuya mirada inquieta por penetrante y sostenida.

A la serie de lienzos caballerescos pertenecen el *San Jorge a caballo* y el *Guerrero a pie*, que en nuestra humilde opinión sugieren menos idea de fortaleza y de arrogancia que sus grabados del mismo carácter.

Pero es precisamente en las obras alegóricas y simbólicas donde su pintura se magnifica y adquiere elevación espiritual y técnica. Son *El rapto de Europa*, *Las cuatro edades de la vida*, *San Cristóbal*, *Adán y Eva*, *Centauro*, *El gigante*.

Por último, en la escultura, Federico Boehle no alcanza el positivo mérito que en el grabado y en la pintura. Su obra capital es una estatua ecuestre de Carlomagno, y es un remedo germanizado de la famosa de Donatello elevada en Padua a la memoria del condotiero Erasmo de Nanni.

SILVIO LAGO

PÁGINAS ARTÍSTICAS



Pintoresco rincón de Alhama de Granada, por Andrés Cuervo

UNA ESCULTORA FRANCESA MARTHE SPITZER

Con el otoño tornan las ansias exhibicionistas de los artistas. Quincenalmente se renuevan en los saloncitos minúsculos las exposiciones más o menos importantes. Los periódicos publican fotografías del expositor el día de la inauguración, rodeado de amigos y vanidosos visitantes; los críticos y gacetilleros emplean unos cuantos lugares comunes laudatorios ¡y todos tan contentos!

Se impone, no obstante, un criterio de selección y depuración estética que no perjudique a los verdaderos artistas, sin beneficiar tampoco a los que todavía no merecen tal nombre ó que ya no lo merecerán nunca.

ooo

La exposición de la señora Spitzer, en el Salón Lacoste, es de las que merecen excepcionalmente todos los elogios, de las que compensan y desquitan de otras anteriores y recientes.

Marthe Spitzer es una notable escultora francesa que ha expuesto varios bustos en bronce, dotados de enérgica y sensible belleza.

Se adivinan inmediatas las influencias técnicas de la señora Spitzer. Los nombres de los modernos maestros de la escultura francesa, Bourdelle, Bernard, Maillot, acuden a los labios viendo estos broncees donde palpita un sentido exacto de la armonía lineal y donde se ofrece el ejemplo de una técnica sabia y sobria.

El más débil de ellos es el titulado *Bailarina rusa*. Dentro del plano elevado en que se mueve la señora Spitzer, esta obra es inferior a las demás. Inferioridad relativa, no absoluta, puesto que aún tiene sobradas cualidades para ser una bella escultura.

El retrato del poeta Juan Pedro Altermann, que simultanea la poesía con las críticas de arte en



"Muchacha oriental"

las revistas jóvenes y avanzadas de París, es un acierto de carácter y de ejecución. Respira una contenida impetuosidad, una generosa violencia, serenada por el arte, muy simpáticas.

Menos feliz de resultado, aunque realizada con el mismo vigoroso impulso, la cabeza de *Joven criollo* también significa algo positivo en la totalidad de las aptitudes de la señora Spitzer.

Pero sus obras más admirables son *Muchacha oriental* y *Musa latina*. Es en ellas donde radica el mérito de la ilustre escultora francesa.

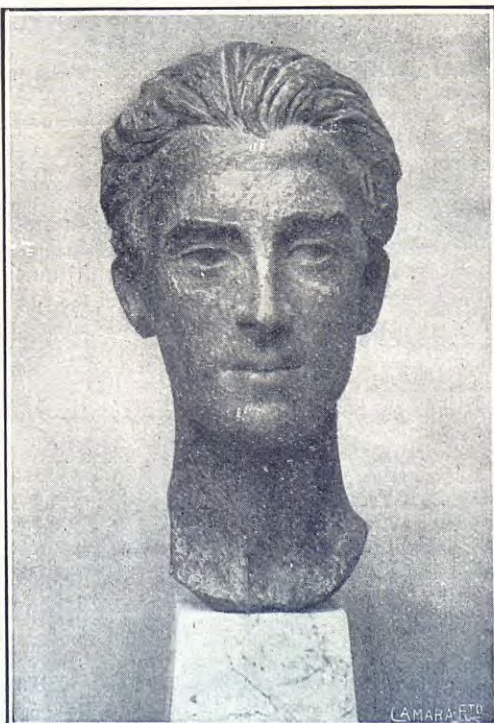
El recuerdo de Bernard y de Maillot surge aquí con toda su fuerza proselitista. Es el mismo amor a los cánones antiguos, a los ritmos augustos y eternos, a la solemne calma clásica. Se piensa en piezas modeladas hace muchos siglos y desenterradas hoy en un reto de pureza y de espiritualidad contra el aburguesamiento artístico de los rezagados y contra la extravagancia frágil de los arrivistas y los impacientes.

La señora Spitzer ha puesto en las dos cabezas femeninas tan encantadoras, tan impregnadas de graciosa vitalidad, la afirmación de su temperamento.

Aunque proceda de ajenos credos estéticos, el arte de la señora Spitzer se singulariza, se destaca con peculiar relieve. Una sensibilidad claramente femenina ennoblece el dominio viril de la factura. Ahonda en el espíritu más allá de la eurytmia lineal.

Así, la *Muchacha oriental* y *Musa latina* dan al aire que les rodea una dulce cadencia musical, y por el milagro de sus cabezas, prodigiosamente evocadoras, todo el hechizo del soleado Oriente, toda la divina armonía de los paganos tiempos nos envuelven al contemplarlas.

JOSÉ FRANCÉS



"El poeta Altermann"



"Musa latina"
(Esculturas de Marthe Spitzer)



"Joven criollo"

:: ARTE ::
ESPAÑOL

EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

ERGUIDO, fuerte, vigilante, en lo alto del aislado cerro, este buque fantasma, pone su proa al Norte, como una fabulosa nave petrificada, que asentó su quilla sobre la colina, al bajar silenciosamente las aguas de un secular y mitológico diluvio.

Esta fortaleza de Peñafiel, una de las más empinadas y difíciles de Castilla, domina por todas partes el hondo valle, fresco y umbroso, del que brota, como de un solo impulso, el otero calizo, árido y rasgado por torrenteras, donde se encarama y culmina orgulosamente este nido de águilas. Nido de águilas, sí, porque allí anidó, con las de las crestas solitarias, aquel infante, D. Juan Manuel, águila caudal y, acaso, carnícera, que produjo tan estupendas y altas obras y tan resonantes y sabidos conflictos en los revueltos días del rey Alfonso XI.

Y domina el castillo, no sólo las verdes cuencas del Duero y del Duratón, sino los cerros vecinos, que cercan la hondonada, secos, ásperos, blanquecinos, coronados de pedruscos y de aridez; en otro tiempo, acaso, vestidos de encinares y de robledos.

Al atardecer, es verdaderamente imponente la silueta oscura del castillo sobre el cielo claro hacia Poniente. Destaca la masa con una gallardía y una esbeltez de líneas, insuperables. Y deja la impresión de señorío y de dominio que diera cuando, tras las cercas, se abroquelaba el temible infante, que tan bien sabía hermanar á las armas con las letras.

Y como está hoy la fortaleza, en su aspecto general, estaría entonces, pues los cambios sufridos, hondos si se examina al monumento en detalle, afectan poco al conjunto, al aspecto, á la silueta.

Ha desaparecido, en parte, la primera cerca en la que, acaso, hay restos de la primitiva fundación, el castillo que en 1013 edificara por aquellos lugares el conde Sancho García. Lo que hoy se conserva pertenece, en casi su totalidad, á la reconstrucción realizada por el infante D. Juan Manuel en los últimos años del siglo xiii, ó, mejor aún, en los primeros del xiv, pues esta fecha acusa la fábrica.

El castillo, en planta, es un verdadero barco, aguzado de proa, chato de popa, y con la torre, no en el centro, sino hacia adelante.



Entrada al recinto exterior y muros del Naciente



Lado Norte del castillo

La cerca exterior, de las dos que limitan esta planta, tiene, por única entrada, una puerta que se abre formando ángulo recto con la muralla, flanqueada por cubos robustos y defendida por matacanes. Y, así, la puerta del recinto interior, abierta casi enfrente de la citada, pero ya en una cortina de la segunda cerca. Cerca muy movida, con sus series de cubos cilíndricos, más elevados que los muros y que resaltan á proa y á popa muy airoosamente.

La torre ha sido reformada en el siglo xv, y no es de creer que afectara mucho á la fortaleza la orden que D. Juan II dió de destruirla. Debió ser accesible por un tablero que se levantaba, dejando al torreón incomunicado y casi inexpugnable. Otras fortalezas de Castilla ofrecen igual particularidad.

Esta torre, aislada, abre su puerta á considerable altura sobre el suelo; debió ser accesible por un tablero que se levantaba, dejando al torreón incomunicado y casi inexpugnable. Otras fortalezas de Castilla ofrecen igual particularidad.

Desaparecidas las construcciones destinadas á cobijo de servidores y hombres de armas, aún se conservan los subterráneos que fueron almacén de provisiones, aljibe, etc., y los recintos de los cubos, de admirables bóvedas esféricas.

Pero el castillo de Peñafiel es su silueta, su conjunto, su emplazamiento único y maravilloso en aquel agudo teso, cuya planta forzó la del recinto militar, cuyas escarpadas vertientes parecen continuar en los calizos muros y rematar en la arrogante torre que se corona con la ruda diadema de sus almenas y de sus cubos.

Como el castillo de Peñafiel, en tierras de Castilla, quedan en otras regiones españolas restos y vestigios de las antiguas fortalezas, último recuerdo de una edad por igual altiva y caballeresca, mística y heroica. Las montañas de la vieja Cantabria guardan también ruinas gloriosas, que son como pétreas reliquias de la Historia.

FRANCISCO ANTÓN



TARDE DE ROMERÍA

Es tarde de romería. Por caminos y senderos van ascendiendo, en procesión interminable, mozas garridas, viejas enlutadas, fuertes jayanes y ancianos secos y apergaminados. Ellas son las Carmenchus y las Marichus que traen en jaque á los mejores mozos del contorno, y las abuelas cargadas por la vida de penas y de años; ellos, los vencedores en los juegos de fuerza, de la pelota y de la barra, y los resignados de la existencia, después de haber luchado mucho en la tierra y en el mar. Todos, bravos ejemplares de una raza fuerte, que tiene en su cuerpo resistencia para todas las tormentas del vivir y en su espíritu un sagrario para el amor de la tierra y las esperanzas de la fe.

En la campa del santuario los romeros bullen y se agitan, después de visitar á la imagen devotamente, unos comentando en animados corrillos las últimas noticias cazadas en su reciente excursión á la villa, otros buscando lugar á propósito para tender los manteles y hacer honores á la merienda, de

antemano preparada para cumplir como buenos en un día dedicado, desde la mañana á la noche, á la Virgen milagreira ó al santo Patrón. Corre la jarra de mano en mano, álzase el porrón en el aire y las gargantas no descansan en su desconcertante gluglu. De vez en cuando se acerca al grupo una pareja de forales, con sus boinas rojas como pirrientos y sus capas azules y flotantes.

—Haciendo por la vida, ¿eh?

—Una «merendolita», por ser día del Santo.

Uno del grupo alarga el porrón á los forales y éstos beben también, después de doblar los vuelos de la capa sobre los hombros y de pasarse la siniestra mano sobre la boca medio oculta por los bigotes. Luego se alejan, no sin antes mostrarse finos y corteses.

—Gracias, gracias...

—De salú sirva...

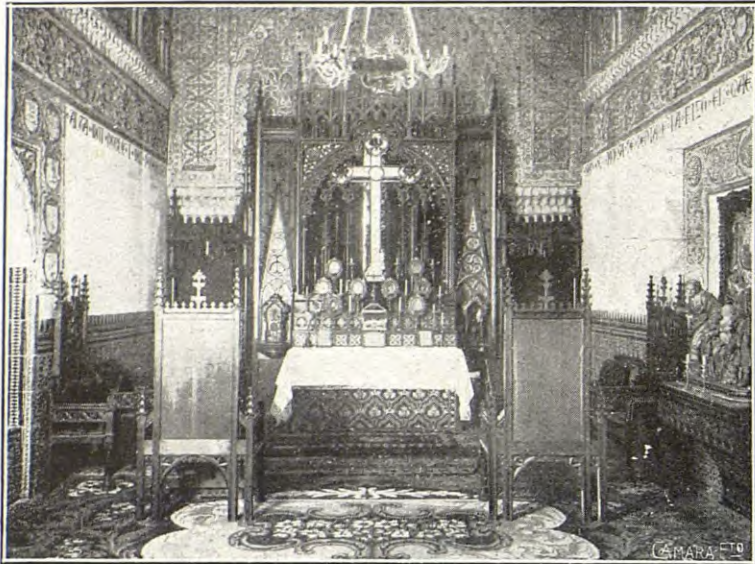
Aquí y allá se forman corros donde la gente joven danza con parsimonia, con ritmo grave y pri-

m'itivo, enlazadas las manos y erguido el cuerpo, mientras un viejo sopla el pito desaforadamente y otro golpea el parche del tamboril. Es el *aurreku*, el baile de la tierra, que se conserva en las costumbres con hondas raíces, á pesar de las mudanzas de los tiempos. Alrededor de los bailadores hay grupos de mirones, gentes que recuerdan sus mocedades, los años lejanos que se esfuman en la memoria como una niebla.

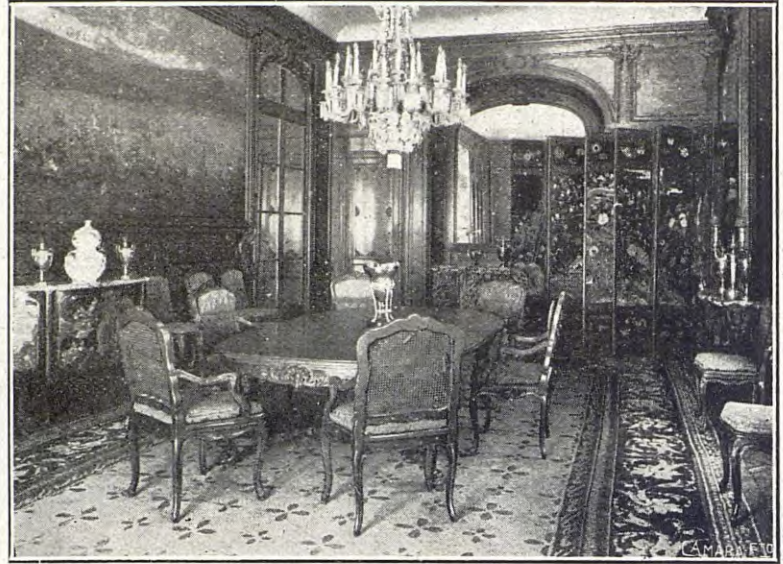
Cuando cae la noche, el santuario se queda solo, y la campa que lo rodea vuelve á recobrar su quietud. Los caminos y senderos se pueblan de romeros que vuelven á sus casas con el recuerdo de una tarde de fiesta que fundió en un mismo sentimiento la alegría y la piedad. Una voz femenina canta una copla melancólica y dulce, que se pierde rebotando de colina en colina, y un pecho varonil lanza un grito estridente y selvático que tiene sonos de desafío.

DIBUJO DE ANTEQUERA AZPIRI

EL PALACIO DE MEDINACELI



La capilla



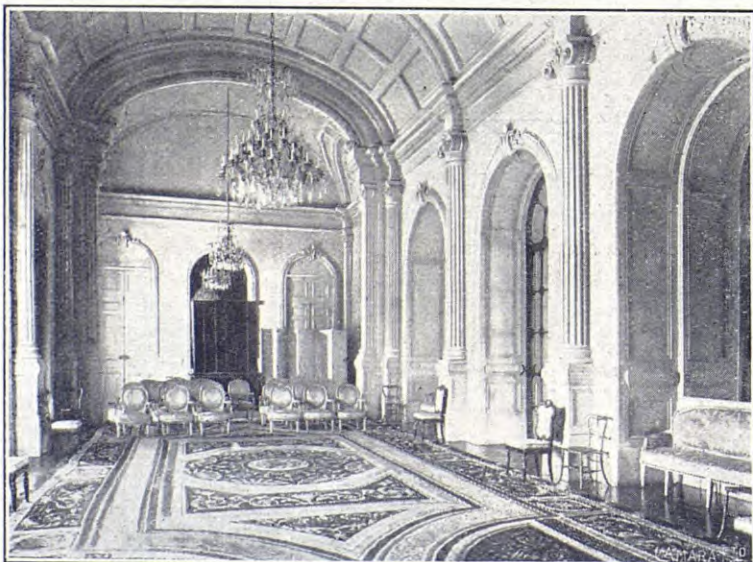
El comedor

El suntuoso palacio de los duques de Medina del Campo, que era ornato de uno de los más grandes y bellos paseos de Madrid, ha sufrido importantes daños á consecuencia del incendio que se inició en varias de sus habitaciones en la madrugada del domingo 25 de Noviembre. Pero más que los daños del edificio importan los que han padecido los suntuosos muebles y las joyas artísticas é históricas que en la señorial mansión se guardaban, como reliquias, en estantes y vitrinas. Bronces, mármoles, lienzos, terciopelos y encajes, porcelanas bellísimas y maderas talladas, han sido pasto de las llamas, con gran pérdida para la Historia y para el Arte. Los daños alcanzan un valor incalculable, de imposible reparación. El palacio de Medina del Campo fué mandado edi-

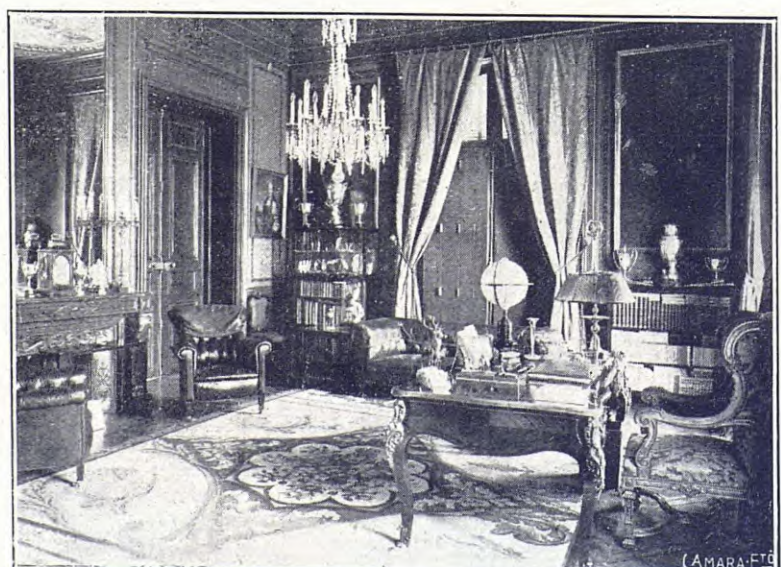


La armería

ficar por el duque de Uceda, cuyos blasones de nobleza aún campean en la fachada del edificio. El marqués de Salamanca lo adquirió después, y más tarde pasó á manos de la duquesa Angélica de Medina del Campo. Aquella ilustre dama realizó importantes reformas que casi suponían una reedificación. Tenía el palacio una suntuosa escalera de mármol, obra de Suñol, de gran mérito artístico. Una de las dependencias principales era la armería, que pasa por la más notable de España, en la que se guardan muchos objetos históricos, entre ellos las armaduras de los duques de Feria y de Alcalá y la del Gran Capitán. Por fortuna, la armería no sufrió daño alguno. Los ha sufrido, en cambio, la capilla muzárabe, inspirada en la famosa de la catedral de Toledo.



El salón de fiestas



El despacho del duque



Galería alta y escalera principal del palacio de Medinaceli, decorada con esculturas de Suñol y Benlliure, que ha sido totalmente destruida por el incendio ocurrido en la madrugada del 25 de Noviembre. En el primer rellano de la suntuosa escalera se conservaba, para admiración de los visitantes de la aristocrática mansión, un banco muy notable, del siglo XVI, y procedente de la iglesia del pueblo de Medinaceli

FOT. FRANZEN

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



*Cuando adquie-
ra Vd.*

un artículo de Perfumería no se deje
seducir solamente por el aroma. Fi-
jese, ante todo, en su pureza é hicie-
ne; y, si además de estas precisas
cualidades reuniera aquellas otras,
estad seguras de haber adquirido las
deliciosas creaciones

Flores del Campo

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS